CUADERNOS historia 16

Los Balcanes contemporáneos (y 2)

Julio Gil Pecharromán



237

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: MELSA
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Tito, tres décadas al frente de Yugoslavia, ha sido, sin duda, el político más prestigioso y conocido de los países balcánicos en la segunda mitad del siglo xx. La foto recoge una visita a Guinea, en 1961

Indice

LOS BALCANES CONTEMPORANEOS (y 2)

Por Julio Gil Pecharromán.
Profesor titular de Historia Contemporánea. UNED, Madrid.

Los Balcanes contemporáneos (y 2)

Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea. UNED, Madrid

LA derrota de los Imperios Centrales en los últimos meses de 1918 abrió una etapa de hondas transformaciones en el mundo balcánico. El final de un conflicto peninsular que, con breves paréntesis, se arrastraba desde hacía siete años, consolidó la existencia dos bloques de Estados. Los que habían jugado la baza franco-británica —Grecia, Serbia y Rumania— y ahora estaban en condiciones de imponer sus exigencias. Y los que, alineados en el bando perdedor, iban a pagar las consecuencias del desastre. Entre 1919 y 1923, los países balcánicos sufrieron profundas alteraciones, no sólo fronterizas, sino sobre todo sociales y políticas, pero ello no sirvió para establecer un orden internacional más justo y duradero.

Revoluciones y nuevos Estados

Quien primero pagó las consecuencias de la derrota fue Bulgaria. Tras un esfuerzo bélico de siete años, las masas campesinas, que habían soportado el peso de la prolongada movilización, aceptaban cada vez peor una guerra impuesta por la burguesía germanófila. El comienzo de la ofensiva aliada en Macedonia provocó, el 23 de septiempre de 1918, una desbandada general de las tropas, que se amotinaron y marcharon hacia la capital. La Unión Agraria, partido aliadófilo que se había opuesto firmemente a la guerra, supo capitalizar el movimiento y los dirigentes de su ala izquierda, A. Stamboliiski y R. Daskalov, asumieron la dirección de un Gobierno republicano en Radomir. Pero los rebeldes fueron detenidos por tropas alemanas cerca de Sofía y Boris III, en quien abdicó el zar Fernando, logró salvar su torno solicitando un armisticio y aceptando la ocupación militar aliada de su país.

La derrota de Bulgaria hizo inútil la tenaz resistencia turca en Tracia y Mesopotamia. El armisticio de Mudros, firmando el 30 de octubre, implicó la desmovilización del ejército otomano y la ocupación por franceses, británicos, griegos e italianos de Estambul, los Dardanelos, Tracia y algunas zonas de Anatolia.

En la Europa central, el derrumbamiento del frente balcánico puso también un brusco final a la guerra. El multinacional Imperio Austro-Húngaro no sobrevivió a la derrota. Los checos fueron los primeros en proclamar la independencia, a finales de octubre, pero pronto sendas revoluciones crearon repúblicas nacionales en Austria y Hungría, mientras el último emperador Habsburgo, Carlos I, tomaba el camino del exilio.

El caos en que había caído la antigua Corona Dual enfrentó a los eslavos del sur del Imperio con su propio destino. A eslovenos, croatas, bosnios y serbios les cabían tres salidas: mantenerse bajo la soberanía húngara, seguir vías nacionales propias o integrarse con Serbia y Montenegro en una Estado sudeslavo. La segunda solución tenía partidarios en Croacia y Eslovenia, pero los aliados se inclinaban por la tercera, que asumió un Comité Yugoslavo establecido en Londres. En diciembre de 1917, el dirigente del Comité, Trumbic, y el jefe del Gobierno serbio en el exilio, Pasic, firmaron la Declaración de Corfú, que establecía un Estado yugoslavo bajo la Monarquía serbia, democrático y con un estricto respeto a las peculiaridades religiosas y culturales de los distintos pueblos que lo integrarían. El presidente norteamericano Wilson recogió esta idea en sus *14 Puntos,* que los aliados admitieron como programa básico de la reconstrucción europea de posguerra.

El colapso austro-húngaro precipitó el proceso. El 29 de octubre de 1918 la Dieta de Croacia se separó de Hungría y nombró una Junta Nacional, que manifestó su deseo de unirse a Serbia y Montenegro. El 1 de diciembre, en Belgrado, se constituyó el *Reino de los Serbios,* Croatas y Eslovenos, mientras en Montenegro los nacionalistas se alzaban contra los ocupantes austríacos y, tras deponer al exiliado rey Nicolás, solicitaban su incorporación al nuevo Estado. Sin embargo, quedaba por definir la fórmula bajo la que se organizaría éste, y las diferencias entre el concepto centralizador de los radicales serbios y el fe-


IMPERIO
RUSO
Odessa
Frente diciembre 1916
Máximo avance rumano
Budapest
IMPERIO
AUSTRO-HUNGARO
Fokschani
RUMANIA
Belgrado
Bucarest
Constanza
Silistra
SERBIA
MONTENEGRO
Sofía
BULGARIA
Skopje
Edirne
IMPERIO
Estambul
Duratzzo
ALBANIA
Kavalla
Salónica
Gallipoli
Dardanelos
OTOMANO
GRECIA
Retirada ejército serbio
Esmirna
Atenas
DODECANESO
LA GUERRA EN LOS BALCANES
Frentes:
Finales 1914
Finales 1915
1916
30-IX-1918
Ofensivas de las potencias centrales
Ofensivas aliadas
Ofensivas finales tras el armisticio con Bulgaria (29-IX-18)
Potencias centrales
Aliados
Neutrales
G. LLORENTE

deralismo definido por dirigentes eslovenos —como monseñor Korosec— y croatas —como el agrario Radic— iban a complicar la vida de la naciente Monarquía.

En Transilvania y el Banato, los nacionalistas rumanos reaccionaron también ante la crisis del Imperio. El 12 de octubre, sus líderes proclamaron el derecho a la autodeterminación, y establecieron en Arad un Consejo Nacional Rumano que entró en negociaciones el Gobierno provisional húngaro de M. Karolyi. Pero el final de la guerra aceleró la ruptura. El 1 de diciembre se reunía en Alba Julia una Gran Asamblea que proclamó la unión con Rumania. A comienzos de 1919, las tropas rumanas, en lucha con el régimen revolucionario húngaro, ocuparon la región y el Gobierno de Bucarest declaró constituida la Gran Rumania, que incluía la Bucovina y Besarabia.

La Paz de París no hizo sino confirmar la situación *de facto* establecida en los Balcanes desde los armisticios bélicos. Cuatro de sus cinco tratados afectaban a países del área. Por el de Saint-Germain (19 de septiembre de 1919), impuesto a Austria la, Bucovina fue adjudicada a los rumanos mientras Eslovenia, Dalmacia, Bosnia y Herzegovina quedaban englobadas en el Reino yugoslavo. Istria y la ciudad dálmata de Zara fueron cedidas a Italia, mientras que Fiume, disputada por italianos y eslavos, sería convertida en una *ciudad libre* bajo protección de la Sociedad de Naciones.

Hungría, por el tratado de Trianón (2 de junio), tuvo que reconocer la cesión a Rumania de un enorme territorio que comprendía casi toda la Transilvania histórica y parte del Banato; y a Yugoslavia la de Croacia, Vojvodina y otra porción del Banato. Los búlgaros perdieron pocos territorios por el tratado de Neuilly (27 de noviembre), pero eran pérdidas muy humillantes: los últimos distritos de Macedonia, entregados a los serbios, la costa egea, que pasó a Grecia y la Dobrubja, brevemente recuperada en la paz de Brest-Litovsk y que ahora retornaba a los rumanos. Finalmente, el tratado de Sévres (10 de agosto de 1920), puso un momentáneo final a las disputas sobre el territorio otomano. Con la cesión de casi toda la Tracia oriental a los griegos —excepto Estambul, sometida a ocupación aliada— Turquía desaparecía virtualmente como país balcánico.

Junto a las cláusulas territoriales, la Paz de París impuso a los vencidos una considerable limitación en los efectivos militares y gravosas cláusulas económicas, sobre todo unas fuertes indemnizaciones por daños de guerra que para Bulgaria y Turquía, arruinadas por el largo conflicto, iban a representar un pesado lastre.

Democracias y dictaduras

El final de la guerra y los cambios políticos que le siguieron aportaron a los *Estados sucesores* balcánicos un pasajero fortalecimiento de los procesos de democratización. A ello contribuyó el prestigio alcanzado por las potencias vencedoras, y especialmente por Francia, que habían hecho de la lucha contra el viejo constitucionalismo autoritario uno de sus más efectivos recursos propagandísticos. Con la extensión del sufragio, los sistemas de partidos se ampliaron, incluyendo siete opciones básicas: conservadores, liberales, demócratas, agrarios, socialistas, comunistas y, desde mediados de la década, fascistas. La ampliación de las garantías constitucionales, una mayor sinceridad en los procesos electorales y la acentuación del control parlamentario sobre los Ejecutivos, fueron puntos comunes a los cinco Estados balcánicos en los primeros años veinte.

Sin embargo, a mediados de la década, la línea democratizadora había sido contenida e incluso se hallaba en franca regresión en cuatro de ellos, mientras que el quinto —Rumania— debía hacer frente a serios problemas políticos y sociales. Las causas que motivaron el establecimiento de regímenes autoritarios en Bulgaria, Albania y Grecia entre 1923 y 1925 y en Yugoslavia a partir de 1929, eran de índole muy diversa. Estaban las dificultades económicas: destrucciones de la guerra, crisis mundial de 1920-1922, integración de sistemas dispares tras los cambios fronterizos. El nivel cultural de la población no favorecía su concienciación política: más de la mitad de los ciudadanos era analfabeta, y ese porcentaje superaba el 80 por 100 en zonas como Macedonia y Albania. El realojamiento de cientos de miles de refugiados —búlgaros de Macedonia, griegos de Anatolia, turcos de Tracia— creó serios problemas interiores y no pocas fricciones internacionales.

Los pequeños campesinos exigían reformas agrarias radicales, a las que se oponían los propietarios. El ejemplo de los bolcheviques rusos convertía las reivindicaciones del proletariado en graves conflictos de orden público, que suscitaban respuestas autoritarias en las clases acomodadas. Anticomunismo y nacionalismo —tanto en las mayorías como



Delegación búlgara en la conferencia de Neuilly, 1922

en las minorías nacionales— alteraron el desarrollo de la vida parlamentaria y favorecieron el desarrollo de una ultraderecha fascistizada, que en los años treinta terminará por ahogar las últimas experiencias democráticas en la Península.

Rumania mantuvo el régimen más estable de la región. La Constitución de 1923, que estableció el sufragio universal igualitario, alteró sustancialmente el panorama político. El Partido Nacional Liberal, de Ion Bratianu, recogió los frutos del triunfo bélico frente a un conservadurismo desprestigiado por su germanofilia. La concienciación política del pequeño campesinado llevó a la creación, en diciembre de 1918, del Partido Nacional Campesino de Ion Mihalache, que tras su fusión en 1926 con los transilvanos del Partido Nacional Rumano se convirtió, bajo la dirección de Iuliu Maniu, en la segunda fuerza política del país y en un importante elemento de estabilidad democrática. Un tercer grupo con cierto arraigo era el Partido Popular, del general Averescu, heterogéneo y demagógico que, tras un ascenso fulminante, se disolvió en 1927. El antisemitismo continuaba muy vivo y alentó la actividad de grupos ultraderechistas como el Partido Nacional Cristiano, de A. Cuza y O. Goga, y la Legión de San Miguel Arcángel, fundada por C. Codreanu en 1927, y que daría origen a la fascista Guardia de Hierro. En cuanto a los comunistas, muy débiles, tuvieron que pasar a la clandestinidad en 1924.

Los grandes problemas políticos de la década fueron el de las nacionalidades y el que planteaba la actuación del heredero de la Corona, príncipe Carol. Las minorías étnicas —magiares, ucranianos, alemanes, búlgaros— suponían un 28 por 100 del total de la población. Sus reivindicaciones, representadas por partidos propios, no siempre encontraban los cauces adecuados frente al nacionalismo rumano, y ello provocaba tensiones en el interior y con países que, como Hungría y Bulgaria, alentaban sentimientos de revancha hacia la Gran Rumania.

La cuestión dinástica era complicada. En 1925, Carol se separó de su esposa, una princesa griega, para unirse a una plebeya de origen judío, Magda Lupescu. El rey Fernando le envió al extranjero y designó heredero al hijo



Izquierda, *mapa de la ciudad libre de Fiume, repartida posteriormente, en 1924, entre Italia y Yugoslavia.* Derecha, *mapa del desmembramiento del Imperio austro-húngaro, que en gran parte configura los actuales países balcánicos*

de Carol, Miguel, que sucedió a su abuelo a los seis años, en 1927. Pero tres años después, Carol retornó al país y, con apoyo del jefe del Gobierno, Maniu, y de parte del Ejército, destituyó a los regentes y se hizo proclamar rey por el Parlamento.

En teoría, el más inestable de los Estados balcánicos era Yugoslavia. Las disputas sobre la organización del Estado pusieron desde el principio en grave peligro no sólo al régimen democrático, sino la propia unidad nacional recientemente lograda. Las diferencias entre el partido radical, integrado por burgueses liberales y donde predominaba la visión centralista y panserbia de Pasic, y los partidos campesinos, defensores del federalismo y de una profunda reforma agraria, se mostraron irreconciliables desde un principio.

Celebradas elecciones para la Asamblea Constituyente en noviembre de 1920, ningún grupo obtuvo la mayoría, pero el Partido Campesino croata, dirigido por Stjepan Radic, se negó a concurrir al Parlamento, facilitando así la labor de los radicales. La *Constitución de Vidovdan,* promulgada en 1921, establecía un Estado centralista, que los autonomistas croatas, pero también algunos liberales eslovenos, rechazaron inmediatamente. Los radicales acentuaron la centralización del Estado y utilizaron la muerte del ministro del Interior a manos de un comunista para implantar en 1925 una dura legislación policíaca, que limitó las actividades de los federalistas y llevó a la clandestinidad al pujante Partido Comunista.

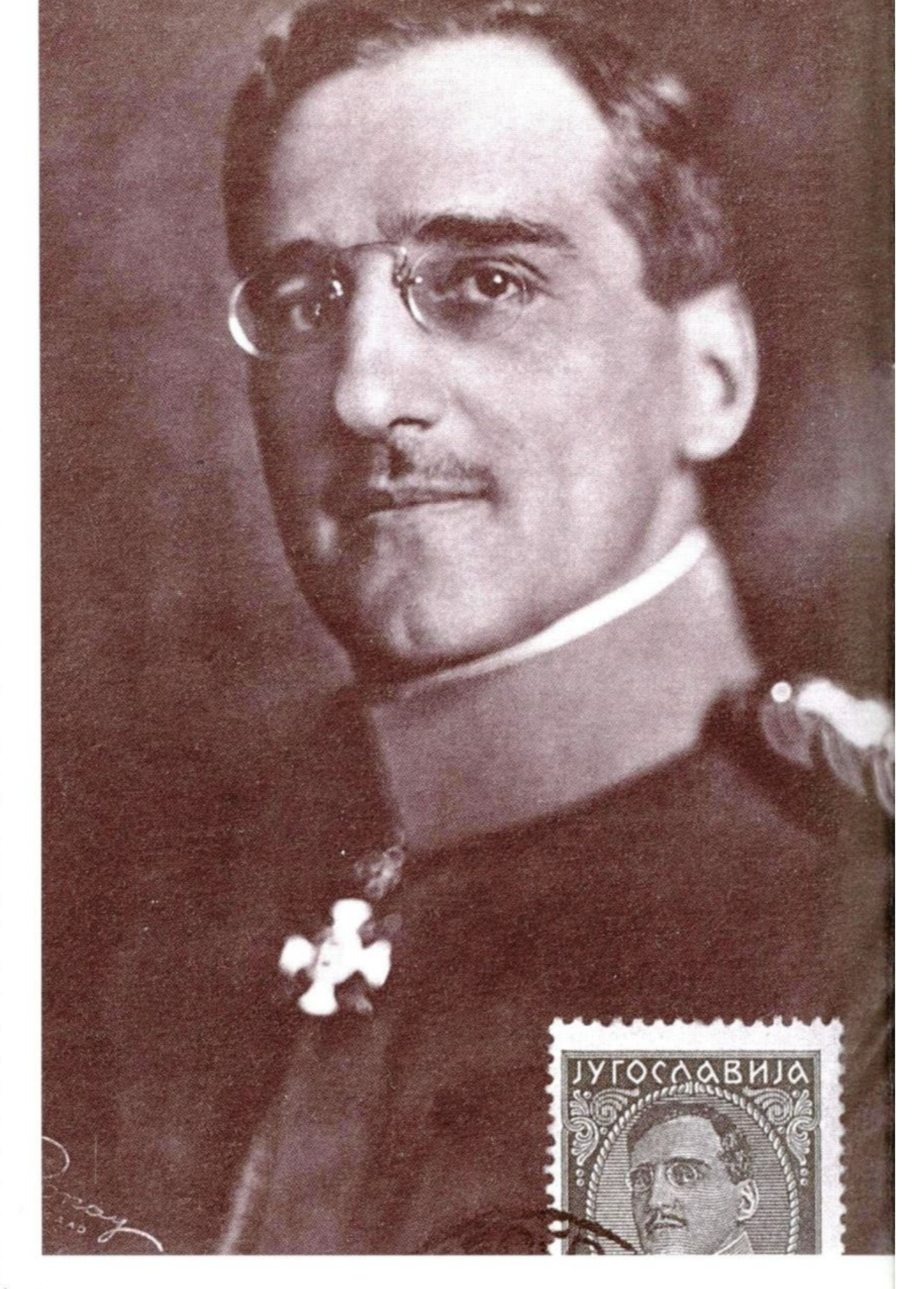
Alejandro I subió al trono en agosto de 1921. Los primeros años de su reinado contemplaron un fuerte crecimiento económico y una reforma agraria bienintencionada, pero la situación política distaba de resolverse. La actitud abstencionista de los agrarios croatas, entre los que crecían los sentimientos separatistas, dificultaba la vida parlamentaria y la consolidación de las instituciones del joven Estado. El ultranacionalismo de los radicales serbios, opuestos a cualquier reforma democrática que abriese cauce a la autonomía para las restantes nacionalidades, era otro obstáculo muy serio. En 1924, una coalición de demócratas, agrarios y musulmanes bosnios logró que el Partido Campesino croata aceptara la Constitución, y que se integrase en un Bloque de Acuerdo Nacional contra los radicales. Pero el hábil Pasic logró atraer a Radic a una alianza gubernamental que aumentó la confusión política. El veterano dirigente serbio falleció en 1926, y un año después los agrarios croatas volvían a la oposición, declarándose dispuestos a terminar con el centralismo de Belgrado.

La tensión llegó al extremo cuando, en junio de 1928, un diputado radical mató a Radic en plena *Skupstina.* Era un golpe fatal para la precaria democracia yugoslava. Las diferencias entre los radicales panserbios y los partidarios de una Monarquía federalista se hicieron irreconciliables, hasta poner en peligro la propia supervivencia del reino. En Croacia, los independentistas, dirigidos por Ante Pavelic, crearon el movimiento *Ustasa,* que no dudó en recurrir a la violencia terrorista como arma política mientras en Montenegro y Macedonia, regiones muy deprimidas, actuaban grupos separatistas. A comienzos de 1929, la coalición de partidos que gobernaba en Belgrado se rompió, sin que fuera posible reconstruir una mayoría parlamentaria. Enfrentado al colapso del régimen, Alejandro optó por la dictadura real y, apoyado por el Ejército, disolvió la *Skupstina* el 6 de enero, anuló la Constitución y prohibió las actividades en favor del federalismo.

En Bulgaria, un Gobierno de coalición de los partidos aliadófilos convocó elecciones en agosto de 1919, con resultados sorprendentes. Mientras los partidos tradicionales se hun-


POLONIA
Vístula
Elba
Praga
ALEMANIA
BOHEMIA
Teschen
Checosl. 1919, Polonia 1920
GALITZIA
OCCIDENTAL
Prot. hasta 1923
ORIENTAL
RSFSR
CHECOSLOVAQUIA
Dniester
ESLOVAQUIA
RUTENIA
Viena
BUKOVINA
AUSTRIA
Tisza
Budapest
Burgeland. Plebiscito 14-XII-21
Ocup. por los rumanos, agosto 1919
BESARABIA
ALTO
ADIGIO
HUNGRIA
TRANSILVANIA
MOLDAVIA
RUMANIA
Klagenfurt. Plebiscito 10-X-20
ESLOVENIA
Mures
ISTRIA
CROACIA
BANATO
Fiume (ciudad libre 1920)
ITALIA
REINO DE LOS SERBIOS,
VALAQUIA
BOSNIA
Belgrado
Bucarest
Zara (Ital.)
(YUGOSLAVIA)
DALMACIA
SERBIA
CROATAS Y ESLOVENOS
MONTENEGRO
BULGARIA
Maritza
MACEDONIA
ALBANIA
TURQUIA
GRECIA
DESMEMBRAMIENTO DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
El imperio austro-húngaro en 1914
Estados surgidos de los tratados de paz
Estados que incorporan territorios del imperio
Zonas de plebiscito

dían, los agrarios y los socialistas *estrechos* —convertidos en Partido Comunista en marzo— obtenían la mayoría de los escaños. Pero agrarios y comunistas no podían entenderse y, tras la formación de un bloque gubernamental entre los primeros y varios partidos burgueses, el PCB convocó una huelga revolucionaria a fin de establecer un régimen soviético. El movimiento, aislado y minoritario, fracasó, y Stamboliiski, convertido en primer ministro, pudo convocar nuevas elecciones que dieron mayoría a su partido (marzo de 1920).

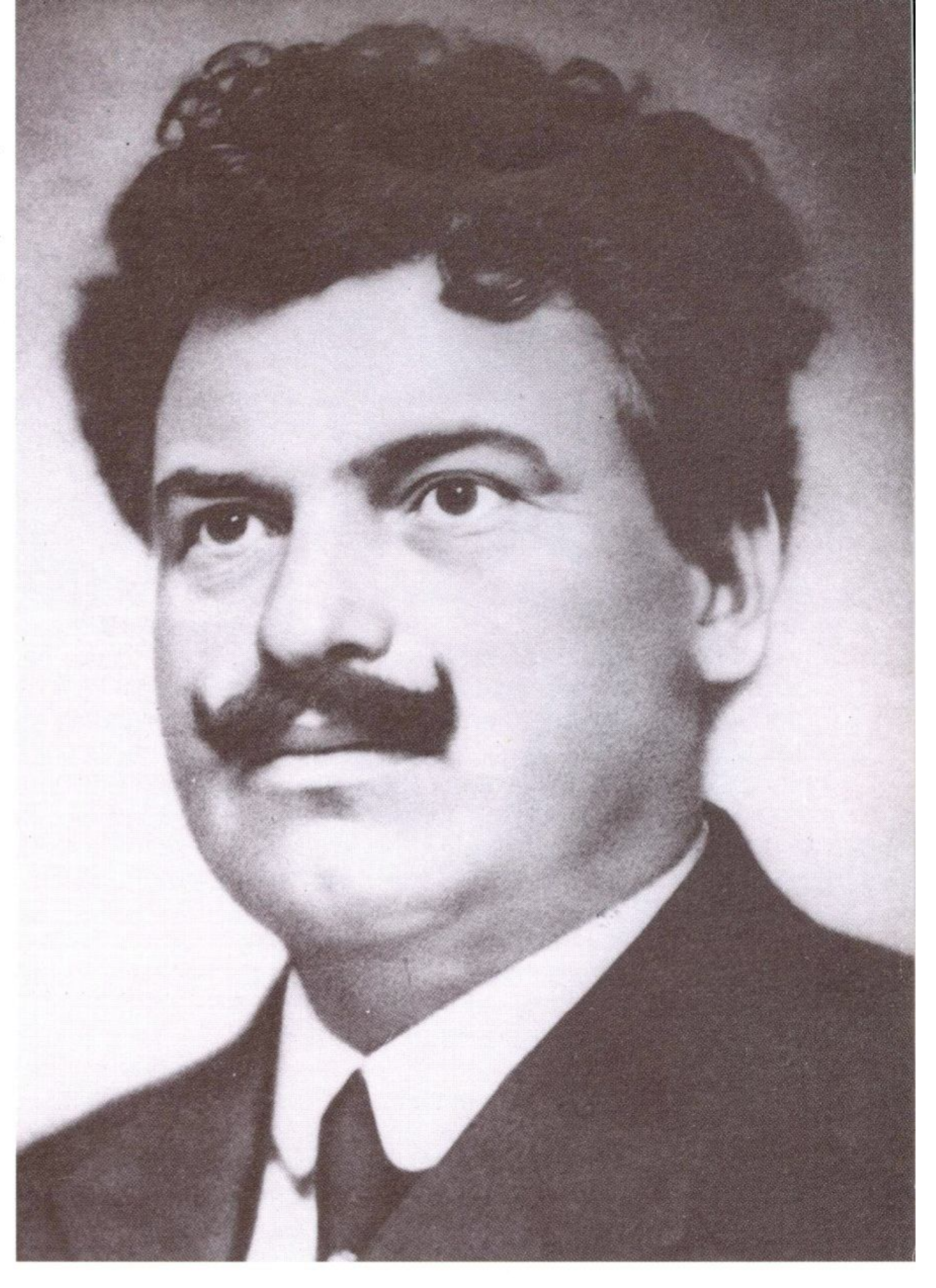


El líder agrario estableció una auténtica dictadura parlamentaria. Procedió a realizar una reforma agraria muy radical, que repartió las tierras del Estado y limitó la extensión de las fincas, elevando al 80 por 100 la proporción de campesinos propietarios. La creación de un Servicio Obligatorio de Trabajo sustituyó al servicio militar y permitió acometer numerosas obras públicas. Partidario de un acercamiento a sus vecinos, en especial a Belgrado, Stamboliiski hizo enjuiciar a los políticos responsables de las guerras de 1912-18 e intentó crear una *Internacional Verde* que agrupara a los partidos agrarios de la Europa oriental. Pero el radicalismo social del Gobierno y su *claudicación* ante Belgrado, con quien firmó en abril de 1923 los acuerdos de Nis a fin de detener la infiltración en Macedonia de partidas de *Komitadji* desde Bulgaria, provocó la reacción de los partidos burgueses, que crearon Concordia Democrática bajo la presidencia de A. Tzankov. Unido a oficiales de la reserva y a anacionalistas de la ORIM, el bloque opositor dio un golpe de Estado en junio de 1923, en el curso del cual fue asesinado Stamboliiski.

Los comunistas, que habían combatido a los agrarios, reaccionaron en septiembre y animaron una insurrección *antifascista* que fue brutalmente reprimida por el Ejército. El comunismo búlgaro, el más potente de los Balcanes, tuvo que pasar también a la clandestinidad. Entre 1923 y 1931, las fuerzas conservadoras gobernaron Bulgaria, formalmente bajo un régimen democrático, pero limitando de hecho las posibilidades de la oposición agraria y obrera. Tzankov, un filofascista que actuó como virtual dictador, fue sustituido al frente del Gobierno a comienzos de 1926 por el más conciliador Andrei Liapchev, que permitió el reagrupamiento de los comunistas bajo las siglas del Partido Obrero. Pero fracasó en sus intentos de detener las actividades armadas de la ORIM en Macedonia, motivo de continuas tensiones con Belgrado.

En la pequeña Albania, la experiencia democrática duró aún menos que entre sus vecinos. Reino independiente desde 1912 y poblado por una mayoría de musulmanes, su vida política se desarrollaba según los intereses de los clanes que se repartían su monta-

Izquierda, *Alejandro I de Yugoslavia*; derecha, *Alejandro Stamboliiski, líder agrario búlgaro*



ñoso territorio. Ocupada por los italianos durante la guerra, en 1920 Albania pasó a ser gobernada por un Consejo de regencia, y dos años después dispuso de una Constitución inspirada por el primer ministro, Ahmed Zogú. Pero la vida política, regida por alianzas de clanes, era muy inestable. En marzo de 1924, Zogú tuvo que refugiarse en Yugoslavia mientras su sucesor, el obispo ortodoxo Fan Noli, establecía un régimen democrático de corta vida. En diciembre, Zogú regresó al frente de un grupo de exiliados y, tras recuperar el poder, hizo votar una Constitución republicana y se erigió en dictador. Cambió entonces su orientación proyugoslava e inició una aproximación a Italia, que aportó capitales y técnicos para sacar al país de su enorme atraso. A cambio, por el pacto de Tirana (noviembre de 1926), Albania aceptó un virtual protectorado de Roma. Zogú pudo entonces gobernar sin oposición, y en 1928 asumió el título de rey como Zog I.

En Grecia, una vez más, las dificultades de la política exterior condicionaron dramáticamente el desarrollo interno. Con los tratados de Trianón y Sèvres, la *Gran Idea* parecía próxima a ser una realidad, aunque el país estaba exhausto tras largos años de guerra. A la muerte del rey Alejandro, en octubre de 1920, Venizelos intentó sin éxito que le sucediera el príncipe Pablo, tercer hijo del exiliado Constantino. Un bloque que congregaba a toda la oposición derrotó a los liberales venizelistas en las elecciones de noviembre, y poco después el pueblo votó un referéndum el retorno del rey.

El nuevo Gobierno animó una ofensiva militar en Anatolia occidental, donde los nacionalistas turcos intentaban eliminar la ocupación helena. En julio de 1921, los griegos llegaron a pocos kilómetros de Ankara, pero luego una contraofensiva les hizo retroceder y tras el desastre de Sakaria, pasaron a la defensiva hasta que, en septiembre de 1922, las tropas kemalistas ocuparon Esmirna. La derrota mermó el prestigio de Constantino y de los políticos que le apoyaban y cuando, poco después, el coronel Plastiras encabezó un levantamiento militar, el monarca abdicó en favor de su hijo Jorge II.

La paz de Lausana (julio de 1923) devolvió a Turquía las zonas de Anatolia y Tracia ocupadas por los helenos. En diciembre, las elecciones dieron el triunfo a los venizelistas y, presionado por los sectores republicanos del Ejército, el rey Jorge abandonó el país. El Gobierno pasó a la Unión Democrática de A. Papanastosiou y siguió un breve período de democracia republicana, pero entre los militares había prendido el virus golpista. En junio de 1925 la Liga de oficiales republicanos

dio un golpe y situó en el poder a su líder, el general Pangalos. Establecida la dictadura, Pangalos amordazó a la prensa y a los partidos, pero en agosto de 1926 fue derrocado por el también general Kondylis, quien consensuó una Constitución republicana muy moderada e inició el retorno a la normalidad democrática. Fue finalmente Venizelos, vuelto a Grecia en 1928, quien asumió la dirección de un Gobierno que tendría que hacer frente a las dificultades generadas por la crisis mundial de 1929.

El desarrollo económico

La Gran Guerra representó un serio revés para los países balcánicos. No sólo produjo grandes destrucciones, en las zonas afectadas por los combates, sino que eliminó buena parte de la mano de obra cualificada y originó una aguda carestía de subsistencias. Los desplazamientos de población contribuyeron a aumentar las dificultades económicas: entre 1919 y 1924. Bulgaria, que tenía unos 5 millones de habitantes, recibió más de 250.000 refugiados y Grecia, poblada por poco más de 6 millones, casi millón y medio; mientras, unos 200.000 húngaros abandonaban la Transilvania rumana.

Los países balcánicos continuaron siendo eminentemente agrícolas. La población rural suponía el 85 por 100 del total en Albania, el 80 en Bulgaria, 78 en Rumania, 75 en Yugoslavia y 60 en Grecia. El hambre de tierras de un campesinado convencio de que la Gran Guerra había alterado los viejos esquemas socioeconómicos forzó en la primera mitad de la década un proceso de reformas agrarias. En Grecia, las regiones del norte eran latifundistas, mientras que el resto del territorio estaba muy parcelado. Por la ley agraria de 1922 fueron expropiadas 1,250.000 hectáreas, que se repartieron entre unos 21.000 campesinos no propietarios.

En Rumania, donde la lucha por la tierra venía provocando graves conflictos desde hacía medio siglo, la reforma se realizó sobre todo a costa de los grandes propietarios alemanes, rusos o húngaros de las áreas recién incorporadas, de las comunidades religiosas y del patrimonio estatal. La legislación agraria rumana tuvo un notable alcance: en 1927 se habían repartido tres millones y medio de hectáreas entre casi dos millones de cultivadores modestos.

En Yugoslavia las grandes fincas se concentraban en las antiguas provincias austrohúngaras, mientras que Serbia era un país de pequeños propietarios. La reforma, iniciada en 1919, eliminó los residuos de régimen feudal agrario que aún susbsistían en muchas regiones y expropió a los grandes terratenientes, en su mayoría alemanes, húngaros y turcos, en beneficio de unos 460.000 cultivadores. En Bulgaria, el único país donde un partido campesino gobernó en solitario, se consolidó la estructura de pequeños propietarios mediante el reparto de los predios del Estado a unas 75.000 familias, casi la mitad de las cuales eran de refugiados de los países vecinos.

Las reformas agrarias modificaron considerablemente el panorama socio-económico de los cuatro países balcánicos que las acometieron. La solución, siquiera parcial, del problema agrario facilitó en los primeros años veinte la pacificación interior en los Estados salidos de una larga guerra, disminuyó el poder de las tradicionales oligarquías terratenientes, contrarias a la democratización política, evitó la aparición de movimientos revolucionarios entre el campesinado y propició en cambio su apoyo a los partidos agrarios parlamentarios. Pero, a más largo plazo, los resultados fueron otros.

La extrema parcelación de las tierras afectadas por la reforma sentenció a los nuevos propietarios a practicar una agricultura de subsistencia, faltos de capitales y de medios técnicos. El creciente endeudamiento de los pequeños campesinos —agudizado por la crisis agrícola de los años treinta— condujo a un inevitable proceso de concentración de la propiedad que favoreció a las burguesías nacionales. Muchos de los beneficiarios de las reformas tuvieron que volver a trabajar como asalariados, o engrosar el contingente de población rural que buscaba una salida en el limitado crecimiento de otros sectores económicos.

La industria y el comercio se resintieron notablemente durante los primeros años de la posguerra, cuando la pérdida de los mercados alemán y ruso, la falta de capitales nacionales y la retracción de los extranjeros y la fuerte caída del consumo ocasionaron graves trastornos. Se alzaron barreras proteccionistas y los Estados aumentaron su intervención en la vida económica. Pero a partir de 1924 se

Guerra greco-turca. Arriba, *campamento griego durante la campaña de 1932;* abajo, *el Estado Mayor heleno durante su ofensiva de 1920*

G R E C E
AK DENIZ

produjo una relativa recuperación. La estabilización monetaria y el retorno de los capitales foráneos permitió un cierto progreso industrial y el relanzamiento del comercio exterior, aunque estos sectores seguían teniendo un papel secundario en el conjunto de la renta nacional y empleaban a un porcentaje muy pequeño de trabajadores. La dependencia del capitalismo internacional mantenía, por otra parte, a estos países en una situación de semicolonialismo, que propiciaba el desarrollo de corrientes xenófobas en los partidos nacionalistas.

La crisis de los años treinta

El débil equilibrio logrado por las sociedades balcánicas en la segunda mitad de los años veinte fue roto en la década siguiente. El elemento catalizador fue la crisis económica mundial, iniciada en 1929 y que afectó a los países de la Europa central y oriental a partir del año siguiente. La caída del comercio internacional y la retirada de los capitales extranjeros pusieron trágicamente al descubierto las carencias de las economías balcánicas, basadas en la exportación de materias primas. Entre 1929 y 1933 el volumen del comercio yugoslavo se redujo en un 67,2 por 100, el búlgaro en un 64,4 y el rumano en un 55.

Sin periódicas inyecciones de dinero exterior para cubrir los balances deficitarios, con monedas débiles y un enorme endeudamiento, y enfrentados a una guerra tarifaria en la que llevaban las de perder, los Gobiernos peninsulares se vieron enfrentados a las protestas de los obreros en paro, de los agricultores que no lograban vender sus cosechas y de los industriales y comerciantes, afectados por la quiebra de las exportaciones y la recesión del consumo interno. A partir de 1934, se produjo una paulatina mejoría, pero la crisis había variado la orientación de la dependencia económica de los Balcanes. En lugar de Francia y Gran Bretaña, eran ahora Italia y Alemania los principales socios comerciales y capitalistas, con lo que ello implicaba en el orden político y diplomático.

Es indudable que la crisis de 1929 fortaleció los procesos de desestabilización política y social en la zona. Pero ello no explica por sí solo el eclipse total de los sistemas democráticos en la región durante los años treinta. Es más, en el período cenital de la crisis, Yugoslavia, Grecia y Bulgaria conocieron períodos alternativos de democracia y dictadura *provisional* formalmente respetuosa con las instituciones liberales, y en Rumania se mantuvo, aunque con grandes dificultades, el ordenamiento constitucional de 1923. Por el contrario, a partir de 1935, la progresiva estabilización económica acompañó al establecimiento de los regímenes autoritarios de Stojadinovic en Yugoslavia, Metaxas en Grecia, Carol II en Rumania y Boris III en Bulgaria, mientras Zog mantenía su gobierno autocrático en Albania.

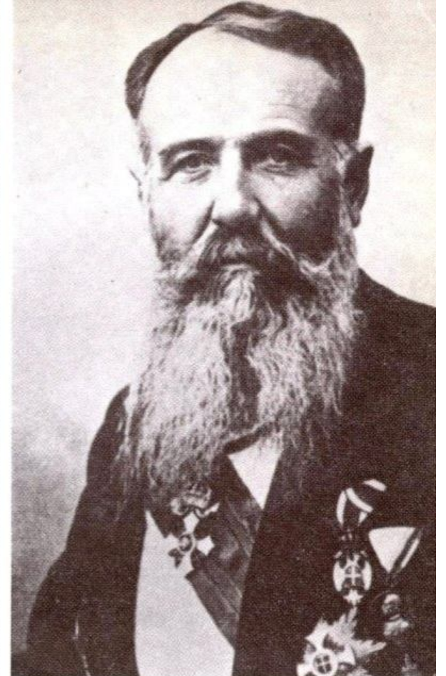
En esta época, los sectores sociales y culturales más implicados en la defensa del amenazado *status quo* se endurecen, marginan a la oposición y adoptan formas de economía dirigida. Con todo, el modelo totalitario fascista sólo es superficialmente asimilado por unas dictaduras que son básicamente reaccionarias. Resulta difícil explicar esta evolución sin tener presente una compleja trama de factores, en los que aparece implicada la supervivencia misma de los Estados.

En primer lugar, las tensiones nacionalistas, muy evidentes en Yugoslavia, donde el centralismo panserbio y el federalismo croata eran opciones irreconciliables. Pero también en Rumania, donde las minorías nacionales desarrollaban una creciente conflictividad ante la política oficial de *rumanización,* y en Bulgaria, donde el problema macedonio causó enormes dificultades internas. La situación internacional fue también un creciente factor de inestabilidad conforme Italia, y luego Alemania, estimulaban los sentimientos revanchistas de húngaros y búlgaros, junto con las ansias de independencia de las minorías más combativas.

La crisis social fue otro factor de peso muy considerable, en torno al cual se desarrollaron con creciente fuerza alternativas comunistas y fascistas. El comunismo, combatido sañudamente por todos los gobiernos, pudo superar su grave crisis de la segunda mitad de los veinte y en la década siguiente, con excepción del PC rumano, retomar un considerable protagonismo en el movimiento sindical y la izquierda política. Cuando en 1935 la III Internacional se pronunció, por iniciativa del búlgaro Georgi Dimitrov, en favor de los Frentes Populares, los comunistas balcánicos iniciaron una política de alianzas con otras fuerzas que daría fruto a largo plazo.

El fenómeno fascista, presente desde comienzos de los años veinte, alcanzó ahora un extraordinario desarrollo, aunque no logró el poder en ningún Estado hasta la guerra mundial. Grupos como la Guardia de Hierro (Rumania), la *Ustasa* croata y el *Zbor* serbio (Yugoslavia), o el Movimiento Social Popular de





Tres políticos balcánicos de entreguerras: Juan Bratiano, jefe del gobierno rumano; Stjepan Radic, líder campesino croata; Nicolás Pasic, primer ministro yugoslavo

Tzankov (Bulgaria), combatieron eficazmente a los fragmentados partidos democráticos apoyándose en la crisis económica y en el miedo al comunismo, para ser luego marginados o perseguidos por los regímenes autoritarios conservadores o pretorianos, enemigos de su radicalismo social y de su chauvinismo.

En Rumania, el panorama político se vio complicado por la personalidad de Carol II, quien, utilizando sus poderes constitucionales, maniobró para someter a los partidos políticos a su voluntad, dividiéndolos y desacreditándolos. Enemistado con Maniu, el líder campesino que había posibilitado su retorno, Carol brindó su apoyo a efímeros gobiernos presididos por el conservador N. Iorga y el liberal I. Duca. Los progresos de la Guardia de Hierro alarmaban a los políticos democráticos y, tras el asesinato del primer ministro Duca por los *legionarios* de Codreanu, el partido fue ilegalizado. El agrario A. Vaida-Voevod y el liberal disidente Gh. Tatarescu gobernaron entre 1933 y 1937, obstaculizados por las intrigas de la corte y la violencia generada por los grupos fascistas. Las elecciones de este último año llevaron al poder a una coalición muy heterogénea, pero la Guardia de Hierro, apoyada tácitamente por los conservadores y los agrarios, obtuvo el 16 por 100 de los votos y se convirtió en la tercera fuerza del país.

La fragmentación y radicalización de la política rumana, agravadas por la germanofilia del jefe del Gobierno, el ultraderechista O. Goga, alentaron al rey a dar un golpe de Estado en enero de 1938. Disolvió el Parlamento, nombró primer ministro al dócil patriarca Miron Cristea, promulgó una Constitución autoritaria, que reforzaba sus propios poderes, y creó un partido único, el Frente del Renacimiento, organizado según modelo fascista. La Guardia de Hierro, que seguía operando en la clandestinidad, representaba un peligro, y Codreanu fue detenido y ejecutado por fuerzas policiales en noviembre de ese año.

Como dictador, Carol no buscó el concurso de las masas, sino que se apoyó en una camarilla palaciega y en la fidelidad de las Fuerzas Armadas, prestas a reprimir cualquier oposición. Rumania persistió más tiempo que sus vecinas en la fidelidad a la alianza francesa, pero a partir de 1938 su economía pasó a depender casi exclusivamente de Alemania, y ello facilitó la injerencia nazi en los asuntos internos. Enfrentado a la actividad subversiva de la Guardia de Hierro y al revanchismo búlgaro-magiar que impulsaban Alemania e Italia, el régimen intentó ofrecer una imagen de autoridad. El primer ministro y hombre de confianza del rey, A. Calinescu, intensificó la represión contra los *legionarios* e intentó formar un Bloque de Neutrales, pronto frustrado por la agresividad del Eje y el pacto germano-soviético de agosto de 1939. Cuando, el 21 de septiembre, Calinescu fue asesinado por los *legionarios,* la situación de Carol II se hizo sumamente precaria.

En Yugoslavia, la dictadura real fue bien recibida en un principio. Alejandro deseaba un apaciguamiento efectivo de las pasiones políticas y se abstuvo de definir una orientación ideológica para su régimen. Pero recurrió a medidas autoritarias, como la disolución de los partidos, la sustitución de la *Skupstina* por

un inoperante Consejo Legislativo, o el establecimiento de la pena de muerte para las actividades separatistas y comunistas. La Constitución de 1931 restauró parcialmente el parlamentarismo, pero mantuvo las restricciones a la labor de los partidos y las asociaciones nacionalistas. La política de apaciguacimiento de las tensiones, intentada por los primeros ministros P. Zivkovic y V. Marinkovic, creó una fuerte oposición en Serbia. Sin embargo, como no fue acompañada de auténticas medidas descentralizadoras, no disminuyó las protestas de los autonomistas, mientras que el movimiento *ustasi* actuaba desde el exterior, interesadamente apoyado por Italia y Hungría. A partir de 1931, una terrible crisis económica, que cortó de raíz la prosperidad que conocía el país desde mediados de la década anterior, vino a sumarse a los problemas políticos.

En octubre de 1934, el rey Alejandro fue asesinado en Marsella por un nacionalista croata. Siendo menor de edad el heredero, Pedro II, se designó una Regencia presidida por su tío, el príncipe Pablo. El Gobierno Jevtic suavizó el autoritarismo del régimen y convocó elecciones en mayo de 1935. Pero los comicios resultaron tan amañados en favor de los candidados gubernamentales que las protestas obligaron a intervenir al regente. Su protegido, Milan Stojadinovic formó un Gobierno de concentración, pero luego se apoyó en su propio partido, la Unión Yugoslava Radical, y no hizo ninguna concesión en el tema del federalismo.

Su actuación autoritaria, los manejos electorales para mantener la hegemonía de la UYR y sus abiertas simpatías por el fascismo italiano le crearon una oposición cada vez más generalizada, que llevó al príncipe Pablo a forzar su dimisión a comienzos de 1939. Ello abrió paso a la reconciliación nacional. En agosto, el regente y el líder campesino croata, Macek, alcanzaron un pacto —*Sporazun*— para convertir a Yugoslavia en un Estado federal dividido en *banovinas* ampliamente autónomas. Pero el arreglo llegaba tarde y los acontecimientos internacionales no tardarían en arruinar la trabajosa obra de dos décadas.

La crisis económica afectó con especial dureza a Bulgaria, donde el paro y la carestía de la vida dificultaron la labor del Gobierno de centro-derecha de Liapchev. Las elecciones de 1931 dieron el triunfo al Bloque Popular, integrado por la oposición burguesa y el ala derecha de la Unión Agraria. Se produjo entonces un breve retorno a la normalidad democrática. Pero los problemas económicos y sociales se agravaban, y los comunistas del Partido Obrero volvían a ser una importante fuerza electoral, mientras se extendían los movimientos huelguísticos.

La agitación social favoreció la cohesión de un bloque derechista en el que figuraban el Movimiento Social Popular, partido fascista dirigido por Tzankov, y el círculo nacionalista Zveno, muy influyente entre los militares. En mayo de 1934, estos grupos impulsaron un golpe de Estado que estableció la dictadura bajo el gobierno del líder del Zveno, Kimon Georguiev. Pero su orientación francófila era contraria a la línea predominante en la corte —el zar Boris era yerno de Víctor Manuel III de Italia— y en el Ejército, y en 1935 un nuevo golpe militar dio paso a la dictadura real con un Gabinete presidido por Georgui Kioseivanov, hombre de confianza del soberano. El nuevo régimen apostó decididamente por la carta alemana, mientras que la recuperación económica facilitó a partir de 1938 un ficticio retorno a las prácticas parlamentarias.

También en Grecia la democracia conocía una profunda crisis. Las dificultades económicas de comienzos de la década debilitaron la posición de los liberales venizelistas, mientras el conservador Partido Popular del general Tsaldaris ganaba terreno. Derrotado en las elecciones, Venizelos fue sucedido en marzo de 1933 por Tsaldaris, quien estableció un régimen autoritario e inició una lenta transición hacia la monarquía. Los comicios de octubre de 1935 reforzaron la mayoría realista y poco después un plebiscito reponía a Jorge II en su trono. El Parlamento no era capaz de crear una mayoría gubernamental y la creciente actividad de los comunistas alarmaba a la burquesía. En agosto de 1936, el nuevo hombre fuerte de la política griega, general Ioannis Metaxas, disolvió el Parlamento e implantó una dictadura personal, que anuló al régimen constitucional y siguió un modelo de gobierno inspirado en el fascismo italiano.

De la seguridad colectiva a la guerra

Durante los años veinte, los Balcanes se mantuvieron en una tensa calma, rota por esporádicos conflictos locales. Una vez fijadas las fronteras, vencedores y vencidos configuraron sus políticas exteriores conforme a la validez de los tratados que las definían. Yugoslavia y Rumania, las más beneficiadas, se integraron en el sistema de *seguridad colectiva*

Boris III de Bulgaria



que lideraba Francia, suscribieron acuerdos militares con ella, y en 1921 concluyeron con Checoslovaquia el pacto defensivo de la Pequeña Entente. Grecia, también vencedora, se alejó de la influencia de Londres y París tras la aventura anatólica, en la que los gobiernos aliados habían evitado apoyarla abiertamente. En cuanto a Bulgaria y Albania, por causas diversas irían entrando en la órbita de la política exterior italiana, defensora decidida de una revisión de los tratados.

Fue precisamente Italia la protagonista de las dos principales crisis internacionales —sin contar la guerra greco-turca— en los Balcanes de los años veinte. El litigio con Yugoslavia por Fiume, provisionalmente resuelto por la Sociedad de Naciones con su declaración como ciudad libre, se agudizó cuando un grupo de nacionalistas italianos acaudillados por el poeta G. D'Annunzio se apoderó de la localidad, en septiembre de 1920. La tensión entre ambos países estuvo a punto de provocar la guerra varias veces hasta que, en enero de 1924, Belgrado aceptó la incorporación de Fiume a Italia. Más al sur, la pretensión italiana de controlar Albania chocó con el interés griego en anexionarse la zona sur del país. El asesinato de un general italiano que trabajaba en la delimitación de la frontera en agosto de 1923 provocó la ruptura entre ambos países y la ocupación por Roma de la isla de Corfú. Atenas solicitó la intervención de la Sociedad de Naciones y, tras arduas negociaciones, el Gobierno fascista se avino a retirar sus tropas a cambio de una indemnización.

Hubo otros motivos de tensión, provocados por ajustes de fronteras o intercambio de minorías entre Estados. Incluso se produjo una episódica invasión de Bulgaria por los griegos en octubre de 1925, mientras que la

actividad de los nacionalistas macedonios desde suelo búlgaro provocó varias crisis entre Sofía y Belgrado. Pero la *seguridad colectiva* amparada por Francia, y el prestigio de la SDN, garantizaron un período de calma en la Península, que se prolongó durante la mayor parte de la década siguiente.

No obstante, fueron apareciendo los elementos que configurarían la ruptura del orden regional a partir de 1939. En primer lugar, la Italia fascista estaba embarcada en una carrera imperial, que no sólo lo llevó a reforzar su protectorado sobre Albania o a favorecer las actividades del nacionalismo croata, sino que consolidó su influencia sobre las diplomacias de los países revisionistas. Austria y Hungría, por su parte, entraron en la órbita mussoliniana con la firma de los Protocolos Romanos, en 1934, inquietante para yugoslavos y rumanos. Mientras, la dictadura implantada en Bulgaria un año después acercaba aún más a Roma y Sofía.

El triunfo del nacionalsocialismo en Alemania introdujo un nuevo factor en la política balcánica. El apoyo nazi a los movimientos fascistas de la región, la creciente importancia de los capitales y el comercio del Reich —que a partir de 1938 ejerció un control casi total de las economías yugoslava, rumana y búlgara— y el expansionismo territorial preconizado por Hitler, que amenazaba a países que contaban con minorías alemanas, alteraron profundamente el esquema de seguridad colectiva vigente.

La reacción de los países balcánicos al aumento de la tensión internacional fue la búsqueda de la neutralidad. Yugoslavia y Rumania reforzaron su compromiso con la Pequeña Entente en 1934, pero un año después se unieron a Grecia y Turquía en la Entente Balcánica. Estaba formada ésta por un bloque de países neutrales que intentaba evitar el estallido de conflictos internacionales en la Península. Mientras el Gobierno rumano permanecía fiel a la alianza francesa, y su ministro de Exteriores, N. Titulescu, desarrollaba una activa labor en favor del *status quo* continental, el de Belgrado basculaba hacia las potencias fascistas, que absorbían casi todo su comercio exterior. En marzo de 1937, Stojadinovic suscribió un pacto de amistad con Italia y Bulgaria, y cuando se produjo la anexión de Austria al Tercer Reich, se abstuvo de protestar por una medida que convertía a Alemania en vecina de Yugoslavia. El desmembramiento de Checoslovaquia por el acuerdo de Munich (septiembre de 1938), convenció a los gobernantes balcánicos de que las democracias occidentales ya no garantizaban la *seguridad colectiva*. En abril del año siguiente, el Ejército italiano invadió Albania, y Víctor Manuel III fue proclamado rey por una Asamblea de colaboracionistas.

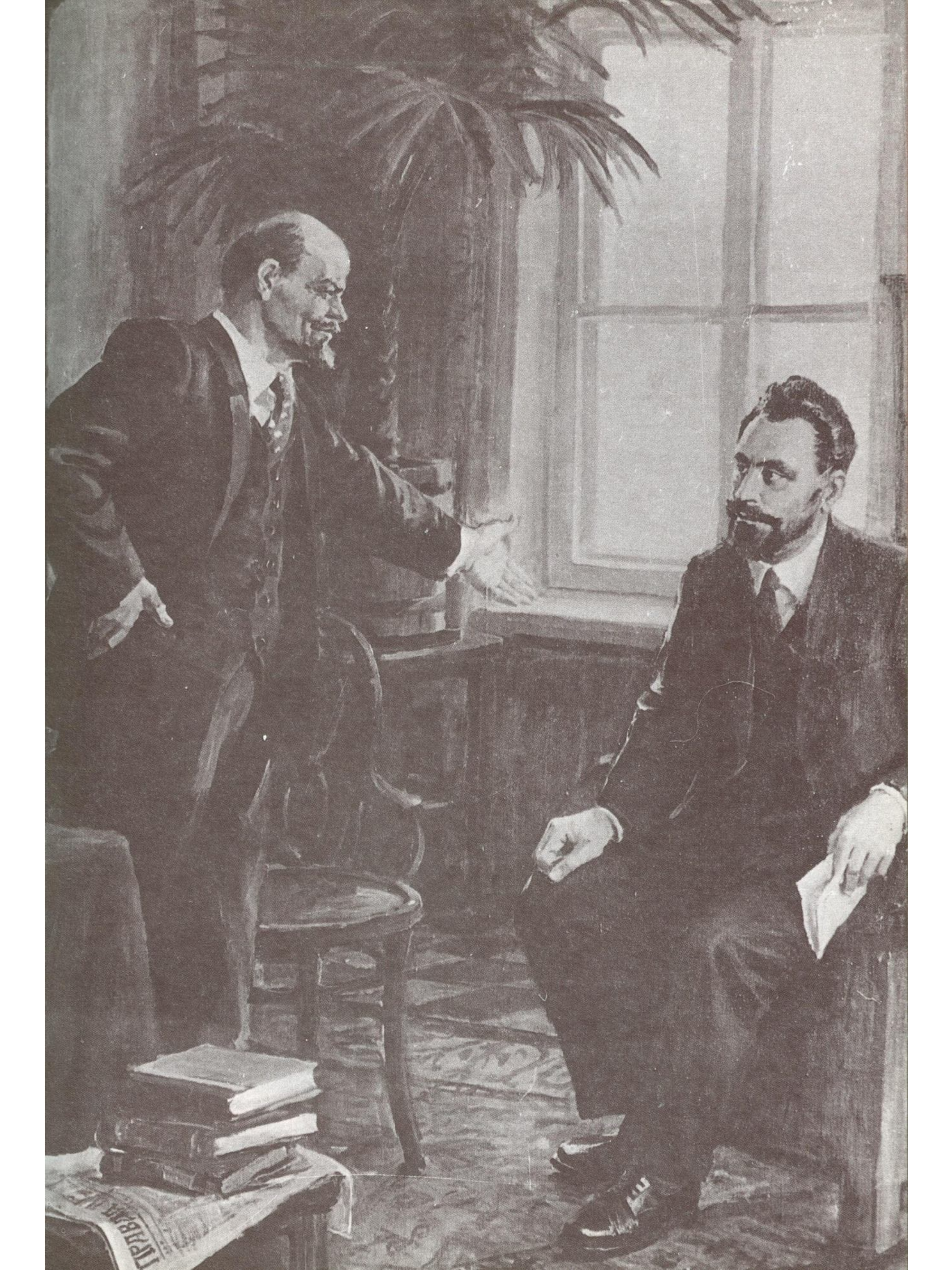
Rumania quedaba en una situación muy difícil. Desaparecida la Pequeña Entente, las garantías ofrecidas por Londres y París eran muy poco convincentes. En agosto de 1939, el pacto germano-soviético cerró la tenaza sobre el país danubiano, que intentó defenderse proclamando su neutralidad ante la invasión de Polonia y haciendo un llamamiento a la solidaridad de la mortecina Entente Balcánica. El Gobierno Tatarescu buscó incluso la reconciliación con la germanófila Guardia de Hierro, pero todo fue inútil. El 26 de junio de 1940, el Gobierno soviético envió un ultimátum a Bucarest, exigiendo la entrega de Besarabia y Bucovina. Sin apoyos exteriores, el Gobierno rumano tuvo que ceder a la URSS los territorios exigidos.

Carol II buscó entonces estrechar lazos con Alemania, y formó un Gabinete germanófilo en el que entró Horia Sima, sucesor de Codreanu al frente de los *legionarios*. Pero Hungría, aliada del Eje, exigía la devolución de media Transilvania. El arbitraje de Viena, realizado por alemanes e italianos, forzó a Rumania a abandonar el territorio reclamado por su vecina, y días después tuvo que hacer lo mismo con la Dobrudja meridional, reclamada por los búlgaros. Ante la indignación popular por el expolio, Carol llamó al poder al mariscal Antonescu, el hombre de Hitler en el país. El militar obligó al rey a abdicar en favor de su hijo Miguel I, todavía un niño, y asumió la dictadura con el apoyo del Ejército y de la Guardia de Hierro.

La Segunda Guerra Mundial

Lentamente, los Balcanes se iban viendo implicados en la guerra iniciada un año antes con el ataque alemán a Polonia. El 28 de octubre de 1940, las tropas italianas invadieron Grecia, pero encontraron mayor resistencia de la esperada, y acabaron perdiendo el sur de Albania, mientras Gran Bretaña acudía en ayuda de los griegos. Las concesiones realizadas por el Gobierno yugoslavo a los alemanes

Entrevista entre Vladimir I. Lenin y el más representativo de los comunistas balcánicos de la primera mitad de siglo, Gueorgui Dimitrov



—adhesión al Eje y permiso para que las tropas alemanas cruzaran su territorio hacia Grecia— provocaron un golpe militar el 26 de marzo de 1940. El primer ministro, Cvetkovic, fue arrestado, anulada la regencia y proclamada la mayoría de edad del rey Pedro II. Pero el 6 de abril, tropas alemanas, italianas, húngaras y búlgaras invadieron el país y, tras una breve campaña, lo conquistaron. Luego le tocó el turno a Grecia. Las líneas defensivas helenas resistieron algunos días, pero finalmente fueron rotas. El rey y el Gobierno abandonaron Atenas, y el general Tsolakoglou asumió la dirección del país bajo ocupación militar germano-italiana.

En tan sólo dos años, el mapa de los Balcanes había cambiado radicalmente: Yugoslavia fue desmembrada; Hitler incorporó Eslovenia a la Gran Alemania; e Italia se anexionó Dalmacia, Montenegro y la región de Kosovo y repartió Macedonia con Bulgaria, que recuperó su salida al Egeo a costa de Grecia. Los húngaros, que habían sido beneficiados con la mitad de Transilvania, incorporaron el Banato yugoslavo, mientras que Besarabia era recuperada poco después por Rumania, aliada de los nazis en la invasión de la URSS. En el resto de la Península, sometida a la ocupación del Eje, el *Nuevo Orden* hitleriano favoreció el surgimiento de regímenes colaboracionistas. Tal fue el caso de Serbia, gobernada por el general M. Nedic; de Croacia, independiente bajo el reinado fantasma del italiano duque de Spoleto, pero dirigida en la práctica por el *Poglavnik* (caudillo) Ante Pavelic; y de Grecia, donde se sucedieron Tsolakoglou, Logothetopulos y Rallis como jefes de gobiernos títere.

En cuanto a Rumania y Bulgaria, su condición de aliadas no las libró de la tutela nazi. El *Conducator* Antonescu proclamó el *Estado Nacional Legionario* en septiembre de 1940, pero luego rompió con los radicalizados jefes de la Guardia de Hierro y, con aprobación de Berlín, los derrotó cuando intentaron dar un golpe de Estado, en enero del año siguiente. En cuanto a Bulgaria, el Gobierno Filov buscó mantener una cierta independencia, negándose a declarar la guerra a la URSS y protegiendo a los judíos del país, mientras en el resto de los Balcanes eran exterminados.

Las duras condiciones de la ocupación provocaron la aparición de movimientos guerrilleros, vinculados a coaliciones de partidos antifascistas, que fueron adquiriendo progresiva importancia en la fijación de unidades enemigas en retaguardia. En Yugoslavia, los *chetniks,* guerrilleros monárquicos dirigidos por el coronel Draza Mihajlovic, actuaban apoyados por los británicos. Pero fueron los comunistas, con el croata Josip Broz *Tito* a la cabeza, los que mantuvieron el peso de una guerra sin cuartel, liberando gran parte del territorio nacional. Mientras, con el concurso de otros partidos, ponían en pie un Movimiento de Liberación Nacional que terminó siendo reconocido por los Aliados.

En Grecia fueron también los comunistas, entrenados por su larga clandestinidad, quienes desarrollaron la principal organización armada, el Ejército Nacional Popular de Liberación (ELAS), cuyo brazo político era el Frente Nacional de Liberación (EAM). Pero también alcanzó cierta importancia el Ejército Griego Nacional Republicano (EDES), del coronel Zervas. En Albania fue el comunista Frente de Liberación Nacional el que animó una dinámica resistencia contra los italianos, mientras que en Bulgaria el Frente de la Patria, creado en 1942 por agrarios, radicales, comunistas y el Zveno, daba cobertura política a una guerrilla poco activa, que era controlada también por los comunistas. En Rumania, finalmente, no operaban guerrillas, pero el PCR integró, con el izquierdista Frente de los Labradores de P. Groza y otros grupos menores, una clandestina Unión de Patriotas.

El 20 de agosto de 1944, los ejércitos del mariscal soviético Koniev invadieron Rumania. De acuerdo con el líder del Partido Campesino, Maniu, el rey Miguel destituyó a Antonescu el día 26 y dio su aprobación a un Gobierno presidido por el general Sanatescu. En él entraron Maniu, Groza, el socialista Petrescu y el comunista Patrascanu. Las nuevas autoridades solicitaron un armisticio a la URSS y, tras declarar la guerra a Alemania, el Ejército rumano colaboró con los soviéticos en Transilvania y Hungría.

En Bulgaria, tras la muerte del zar Boris en agosto de 1943, Filov, el príncipe Cirilo y el general Mihov asumieron la Regencia en nombre del joven Simeón II. La actividad guerrillera se había intensificado desde la primavera de 1944, y la proximidad del Ejército Rojo animó al Gobierno Bagrianov a proclamar la neutralidad. La oposición *legal* presionó en favor

Eleuterios Venizelos, el más influyente político liberal griego, vio arruinada su obra por los fascismos imperantes en los años treinta. Le sustituyó en el poder un general, que estableció un regimen autoritario; otro general, Metaxas, en 1936, disolvió el parlamento y creó una dictadura en toda regla





Izquierda, *Miguel de Rumania.* Derecha: *el mariscal Antonescu pasa revista a las doce divisiones rumanas que lucharon en el frente ruso, como aliados de los alemanes*

La guerra había provocado enormes daños en Yugoslavia, Grecia y Albania, pero también Rumania y Bulgaria sufrían un grave desabastecimiento. La destrucción urbana alcanzaba en algunos países al 20 por 100 de las viviendas,y el sistema de transportes estaba desorganizado en todas partes. La producción industrial era en Grecia y Yugoslavia la tercera parte de la anterior a la guerra, el comercio había desaparecido prácticamente y la agricultura había disminuido mucho en sus rendimientos.

de un acuerdo con los anglo-americanos, que evitara la ocupación soviética, y el 2 de septiembre subió al poder el agrario Muraviev pero ya era tarde. El día 9, el Frente de la Patria movilizó a sus seguidores y se hizo con el control del país. K. Georguiev, líder del Zveno, encabezó el Gobierno del Frente, que declaró la guerra al Reich.

En Grecia, los alemanes comenzaron a retirarse en agosto, mientras la guerrilla y un ejército británico iban reconquistando el país. El Gobierno real, presidido por Papandreu, volvió a Atenas en espera del retorno de Jorge II, pero las diferencias entre el ELAS y el EDES se agravaron hasta desembocar en una guerra abierta. Los comunistas lograron el control de casi todo el territorio, pero las fuerzas británicas les contuvieron. Por fin, en febrero de 1945, la mediación británica logró el Acuerdo de Varkiza entre los comunistas y el Gobierno, encabezado ahora por el general Plastiras. Se nombró regente al arzobispo Damaskino, en espera de un plebiscito que confirmase el retorno del monarca.

Finalmente, en Yugoslavia fue la guerrilla comunista —convertida en un auténtico ejército regular— la que realizó el mayor esfuerzo para expulsar a los alemanes, si bien en las etapas finales colaboraron unidades soviéticas. En septiembre de 1944, los titistas entraron en la capital, y en la primavera de 1945 cayeron en su poder Croacia y Eslovenia. Un Gobierno provisional se instaló en Belgrado, a la espera de que unas elecciones parlamentarias decidieran el futuro del reunificado país.

La posguerra

Los cambios territoriales fueron esta vez limitados, y se restauró en su casi totalidad el mapa anterior a 1939. Los tratados de paz de 1947 confirmaron la entrega de Besarabia y Bucovina a la URSS. Grecia adquirió la colonia italiana de Dodecaneso, y Yugoslavia amplió sus límites con la incorporación de Istria, mientras la ciudad de Trieste, disputada con Italia, era internacionalizada. Los desplazamientos de población también fueron menores, aunque hasta comienzos de los años cincuenta casi medio millón de alemanes y numerosos húngaros y turcos fueron expulsados hacia sus países de origen.

La primera posguerra trajo enormes transformaciones en los Balcanes. Las antiguas clases dirigentes habían sido diezmadas por los nazis o represaliadas como colaboracionistas tras la victoria. La ocupación militar soviética en Rumania y Bulgaria, la británica en Grecia y el control de Albania y Yugoslavia por movimientos de liberación de mayoría comunista, sentenciaron en gran medida el destino de estos países, y su alineamiento en los dos bloques enfrentados en la *Guerra fría.*

En Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania, la transición hacia regímenes comunistas y prosoviéticos fue bastante similar, e implicó una serie de etapas, conforme a los planteamientos gradualistas que el búlgaro Rakovski denominó *táctica del salchichón.* Principales animadores de la Resistencia, los minoritarios partidos comunistas impulsaron la formación de Frentes populares antifascistas durante la guerra, y se transformaron en organizaciones de masas, pilares básicos de los gobiernos de



coalición establecidos tras la liberación. Abiertamente apoyados por los soviéticos, y dueños de los Ministerios clave —Defensa, Interior, Justicia—, se hicieron con el control de los sindicatos y de la Administración, mientras su indudable popularidad se veía reforzada por la defensa de una reforma agraria radical. El apabullante triunfo electoral aunque no siempre limpio, de los Frentes facilitó entre 1945 y 1947 la eliminación, política y a veces física, de la oposición liberal y agraria y el establecimiento de regímenes republicanos basados en los principios estalinistas de la democracia popular. En 1948, los comunistas gobernaban dictatorialmente en los cuatro países, absorbidos en su seno los partidos socialistas, y disueltos o integrados en monolíticos y silentes bloques de apoyo el resto de sus antiguos socios. Para entonces se habían sentado las bases de la reconstrucción económica, adaptando el modelo de planificación soviético, y la reforma agraria iniciaba, no sin fuertes resistencias en el campo, su segunda fase, basada en la colectivización de las tierras.

En Rumania, los partidos antifascistas restablecieron a su llegada al Poder la Constitución de 1923 y formaron un Frente Nacional Democrático, al que se negaron a adherirse los partidos Liberal y Campesino. En diciembre de 1944, las disensiones internas hicieron caer al Gabinete Sanatescu, que fue sustituido por otro presidido por el general Radescu, partidario de un acercamiento a los aliados occidentales. La reacción en contra de los comunistas provocó disturbios armados que permitieron a los ocupantes soviéticos exigir un cambio gubernamental. El agrario de izquierda Groza formó entonces un Gobierno del Frente Nacional, al que se incorporaron el agrario Maniu y el liberal Bratianu.

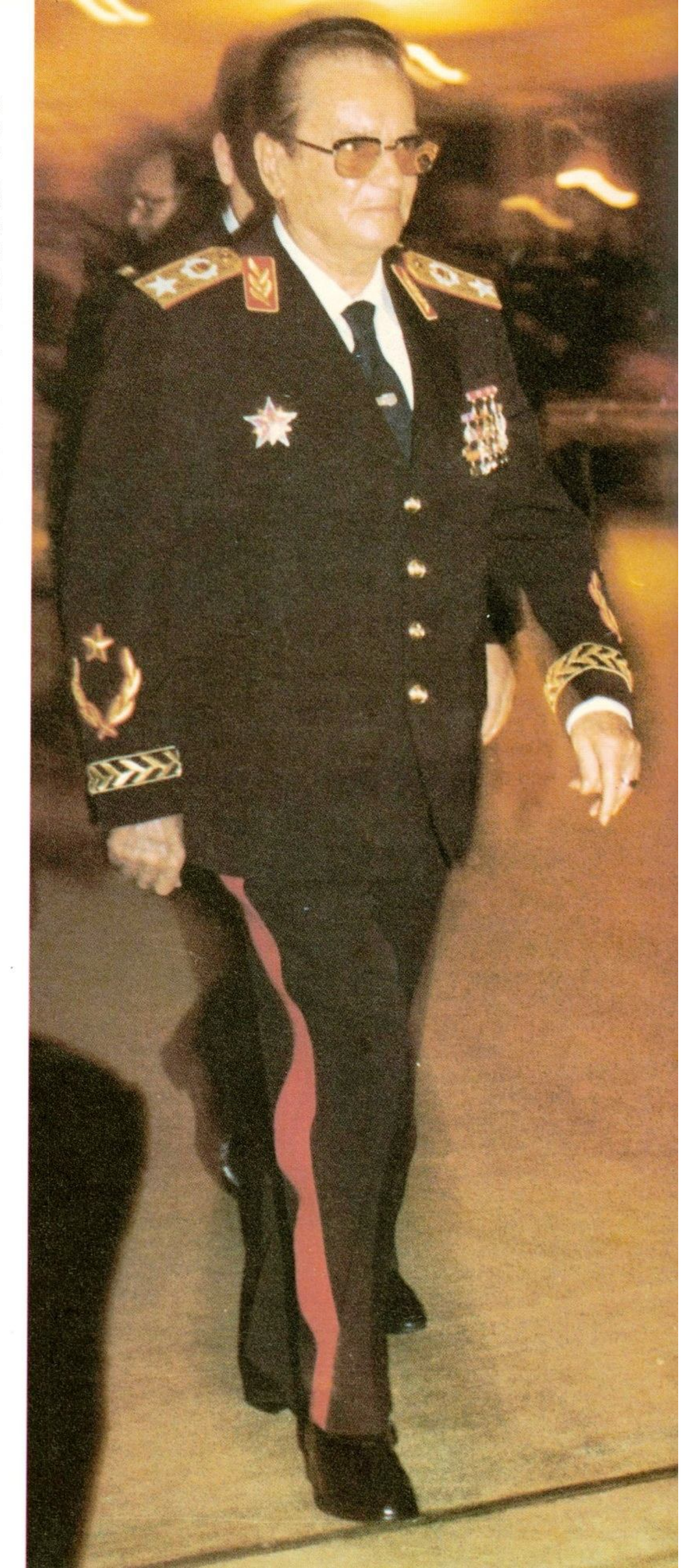
El rey, temiendo una dictadura comunista, intentó cesar a Groza, pero al no conseguirlo se retiró a Sinaïa negándose a refrendar los decretos gubernamentales. En septiembre de 1946, las elecciones a una Asamblea Nacional unicameral dieron el 80 por 100 de los votos a los candidatos frentistas, la gran mayoría de los cuales eran comunistas. Comenzó entonces la eliminación formal de los adversarios del estalinismo. A lo largo de 1947, los partidos Campesino y Liberal fueron desmantelados, y sus dirigentes arrestados. Los intentos de formar un *maquis* anticomunista fracasaron ante una represión implacable, que llenó las cárceles de burgueses y propietarios rurales. A finales de diciembre, el rey Miguel fue obligado a abdicar y se proclamó la República. El PCR no encontraría obstáculos para hacerse con todo el poder. En febrero de 1948 absorbió a los socialistas en un Partido Obrero Rumano, bajo la dirección de G. Gheorghiu-Dej, y la nueva Constitución, aprobada por un 94 por 100 de los ciudadanos en abril, consagró la conversión del país en una *democracia popular*.

En Bulgaria, el proceso fue muy similar. Ocupado el país por los soviéticos, el Gobier-

no del Frente de la Patria inició una sangrienta depuración de colaboracionistas, condenando a muerte a miles de personas, entre ellas los tres regentes, 36 ministros y 68 diputados. Las fuerzas integrantes del Frente sufrieron profundas mutaciones y aquellos de sus dirigentes que se opusieron a la hegemonía comunista, como los líderes agrarios G. M. Dimitrov y N. Petkov, fueron perseguidos. Las elecciones de noviembre de 1945 dieron la victoria al Frente con un 88 por 100 de los votos y el Partido Obrero (comunista), inició el proceso de toma del Poder que se repetía en los países ocupados por el Ejército Rojo. En septiembre de 1945, se celebró un plebiscito sobre la monarquía, que arrojó un 92,7 por 100 de votos adversos. Simeón II tomó el camino del exilio, y quedó instaurada la República, bajo la presidencia del comunista V. Kolarov.

Nuevas elecciones a la Sobranjié dieron al Frente 362 de los 461 escaños, y los comunistas, con 275, se convirtieron en la fuerza hegemónica. Un Gobierno de mayoría comunista, presidido por el veterano estalinista Georgui Dimitrov, asumió la tarea de convertir a Bulgaria en una democracia popular, fórmula consagrada por la Constitución de diciembre de 1947. Al año siguiente, el Frente de la Patria se convertía en una organización unificada. El Zveno y el Partido Demócrata desaparecieron, y el Socialista se integró en un renacido Partido Comunista. Al margen de éste sólo quedó la Unión Agraria, depurada de los sectores opuestos a la socialización de la agricultura búlgara.

En Yugoslavia, la triunfante Junta Antifascista de Liberación Nacional asumió el gobierno y convocó una Asamblea Provisional. En el caos de la primera posguerra, y mientras desataban fuertes represalias contra los colaboracionistas y los *chetniks* de



Mihajlovic, los comunistas y sus aliados más próximos organizaron un Frente Popular que hizo aprobar por la Asamblea una ley electoral muy favorable a sus intereses. Las elecciones de noviembre de 1945 dieron una aplastante victoria al FP en las dos Cámaras del nuevo Parlamento: el Consejo Federal y el Consejo de las Nacionalidades. Amparado en un masivo apoyo popular, el Frente hizo que el Parlamento aboliera la monarquía y proclamase una República Popular Federal, integrada por seis repúblicas federadas y dos regiones especiales. Un Gobierno de mayoría comunista puso en marcha a partir de 1946 la reconstrucción del país, implantando la reforma agraria y una economía planificada, cuyo primer Plan Quinquenal se inició en 1947.

En Albania, los comunistas asumieron el poder con mayor rapidez aún. Tras la retirada alemana, las fuerzas guerrilleras, que habían liberado el país sin ayuda exterior, transformaron su Comité Antifascista de Liberación en un Gobierno presidido por el dirigente comunista Enver Hoxha. Comités de Liberación establecidos por todo el país se encargaron de depurar a las fuerzas rivales y de aplicar la reforma agraria, mientras los grupos gubernamentales se fundían en un Frente Democrático bajo dirección del PCA. Las elecciones por lista única de diciembre de 1945 garantizaron un Parlamento controlado por los comunistas, y la Constitución de marzo de 1946 estableció la República Popular.

En Grecia, la situación evolucionó de otra manera. Allí los comunistas eran también fuertes, pero las tropas de ocupación no eran soviéticas, sino británicas, y el Gobierno de Londres daba un apoyo decidido a la restauración de la monarquía. Tras el Acuerdo de Varkiza, el liberal Sofoulis formó un Gobierno centrista, que no pudo imponerse al clima de violencia creado por la extrema derecha monárquica y sus adversarios de izquierda. El centro se abstuvo de concurrir a las elecciones de marzo de 1946, que dieron el triunfo al Partido Popular, y en septiembre un plebiscito permitió el retorno del rey Jorge II.

La represión desencadenada por Tsaldaris contra la izquierda impulsó al movimiento EAM a reagrupar a sus guerrillas y a establecer un *Gobierno provisional de la Grecia libre.* Se reanudó la guerra civil y los comunistas, abastecidos por los países vecinos, expulsaron a las tropas reales de grandes áreas de Macedonia, Tracia y el Peloponeso. Ante la incapacidad británica para volcarse en el conflicto, fueron los Estados Unidos quienes tomaron el relevo. En marzo de 1947, la *doctrina Truman,* que aseguraba la ayuda norteamericana a los realistas griegos, consolidó el espíritu de contención del comunismo, característico de la intervención de Washington en la Europa de la *guerra fría.* El envío de armamento y la aplicación del Plan Marshall a la reconstrucción económica del país, junto con la ruptura de Yugoslavia con la URSS, que provocó hondas divisiones en los comunistas helenos y cerró sus vías de suministros, posibilitaron en 1949 el triunfo militar de los realistas y el alineamiento de Grecia en el campo occidental dirigido por Estados Unidos.

El mariscal Tito hacia 1960, en la cumbre de su poder y prestigio

El estalinismo

La idea de una Federación Balcánica era un viejo sueño del socialismo peninsular, que ahora parecía poder realizarse. En 1947, tanto Tito como Dimitrov parecieron dispuestos a alentar la federación entre sus países pero Stalin y el albanés Hoxha, que recelaba de la influencia yugoslava sobre su país, se opusieron a la medida. En realidad, la URSS mantenía unas aspiraciones imperiales sobre la Europa oriental que requerían unos Estados débiles y unos partidos comunistas dóciles a las orientaciones emanadas de Moscú. En diciembre de 1947 se creó en Belgrado la *Kominform,* un organismo encargado de coordinar la actuación de los partidos estalinistas europeos y de velar por su ortodoxia.

Poco después, los soviéticos suscribían *tratados de amistad* con las democracias populares, estableciendo empresas mixtas y acuerdos de *clearing* claramente desventajosos para sus socios. Finalmente, la estrategia de denominación soviética se concretó en 1949 en el llamado Plan Molotov que, mediante la creación del consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), estableció un marco de coordinación económica supranacional y alejó definitivamente a los países de la Europa del Este de cualquier dependencia del capitalismo occidental. En el plano militar, la ocupación dio paso a acuerdos bilaterales que culminaron en 1955 con la creación del Pacto de Varsovia.

En Yugoslavia, los comunistas se opusieron resueltamente a esta política. Apoyado por sus segundos, Milovan Djilas y Eduard Kardelj, Tito apartó del Gobierno, en mayo de 1948, a los ministros más favorables a las exi-

gencias soviéticas, y ello desencadenó la ruptura. El régimen yugoslavo, que defendía las vías nacionales hacia el socialismo, fue acusado de *nacionalismo burgués* y expulsado de la Kominform. Hubo algunas defecciones, y el país tuvo que aguantar un duro bloqueo económico de sus vecinos y algunas amenazas de invasión. Pero el *titismo* resistió, y su ejemplo despertó simpatías en comunistas de todo el mundo.

Lo que se conoce como el *cisma yugoslavo* sembró la alarma entre los dirigentes estalinistas. A finales de la década comenzaron las purgas, y los acusados de titismo —en general, comunistas partidarios de una mayor independencia respecto a Moscú— fueron expulsados del partido, encarcelados o ejecutados, mientras los cuadros *ortodoxos* aprovechaban la ocasión para consolidar su poder. En Bulgaria, T. Kostov fue la principal víctima de un proceso que afianzó como hombre fuerte del país a Valko Chervenkov. En Rumania, Gheorghiu-Dej purgó a sus propios segundos, Anna Pauker y Vasile Luca, y en Albania, Hoxha lanzó una dura persecución contra los dirigentes más proclives al titismo, como Koci Xoxe.



El rey Jorge II de Grecia

Los modelos socialistas

La muerte de Stalin en marzo de 1953, y su sustitución por Malenkov y luego por Kruschev al frente del comunismo soviético, introdujeron una etapa de cambios en las democracias populares balcánicas. En 1955, Kruschev visitó Belgrado, poniendo fin al aislamiento del régimen yugoslavo. El inicio de la desestalinización, marcado por el XX Congreso del PCUS, favoreció el surgimiento de la *dirección colectiva* en el seno de los partidos gobernantes. Una generación de reformistas —llamados genéricamente *kruschevianos*— asumió la realización de los cambios, enfrentándose a la contradictoria necesidad de flexibilizar las rígidas estructuras dictatoriales sin que ello supusiera una merma del control de los partidos comunistas sobre la sociedad, y de adoptar vías nacionales al socialismo sin que los soviéticos vieran en ello una amenaza a su hegemonía.

Los búlgaros mostraron los mejores reflejos para adaptarse al nuevo rumbo del comunismo, y en abril el Comité Central del PCB sustituyó a Chervenkov por el pragmático Todor Jivkov, cuyo pasado estalinista era menos relevante. En Rumania, Gheorghiu-Dej cedió la presidencia del Gobierno a Ch. Stoica, pero siguió al frente del partido y del Consejo de Estado. En cambio, en Albania, Hoxha se mantuvo fiel al estalinismo y no tardó mucho en romper con la URSS.

Mientas tanto, en Yugoslavia se realizaba el

experimento de un socialismo original. A una primera fase de planificación económica de tipo soviético le sucedió, a partir de 1948, un nuevo modelo. Aislado del bloque socialista, el país obtuvo créditos de organizaciones financieras internacionales, y estrechó sus relaciones comerciales con Occidente. La ayuda exterior permitió relanzar la producción, e iniciar en 1957 una política de *planificación indicativa* que favoreció la descentralización. Las repúblicas federadas aumentaron su autonomía económica y política, y en 1950 se introdujo la autogestión de las empresas por los Consejos de Trabajadores, encargados de la administración interna, los objetivos de producción y comercialización y las condiciones de trabajo y salario. En 1953 se autorizó la disolución de las comunas agrarias, y se animó a los agricultores a asociarse libremente en cooperativas.

Ese año se estableció una nueva Constitución, que transformó el antiguo Consejo de Nacionalidades en un órgano de representación laboral, el Consejo de Productores; mientras, el Consejo Federal se convertía en Cámara de las entidades territoriales. Tito asumió la Presidencia de la República y del Gobierno. Diez años después, una nueva Constitución acentuó la descentralización al aumentar la autogestión económica y el poder de los gobiernos a *comunas* locales. En política exterior, la línea de neutralidad convirtió a Yugoslavia en líder del Movimiento de los No Alineados y uno de los puntos de referencia del naciente Tercer Mundo.

El país entró en una fase de crecimiento acelerado, y en vías de una relativa liberalización que facilitó los movimientos de capital, la emigración a Europa occidental —dando salida a una angustiosa situación demográfica— y el cambio de costumbres impuesto por el turismo y el incremento del consumo. No obstante, la Liga de los Comunistas siguió manteniendo su control sobre los órganos de administración y gestión, y los disidentes más notables —como el propio Djilas— eran perseguidos.

Los años sesenta y setenta supusieron para los restantes países socialistas un período de progreso económico, pero de reforzamiento de las dictaduras postestalinistas. Superados los traumas de la colectivización agraria y de la industrialización acelerada, sin apenas capitales, las economías rumana y búlgara entraron en una fase de expansión que permitió una considerable subida del nivel de vida de la población, menor que el de la Europa del oeste, pero muy superior al que nunca disfrutaran estos países.

Rumania conoció un crecimiento anual medio del 13 por 100, y en 1975 su producción industrial, muy diversificada, era 28 veces superior a la de antes de la guerra. La agricultura, totalmente socializada en 1962, empleaba a un 57 por 100 de la población, pero sólo aportaba el 16 por 100 de la renta nacional.

Muerto Gheorghui-Dej en 1965, le sucedió como primer secretario del PCR Nicolae Ceaucescu. En agosto, una nueva Constitución proclamó la República Socialista y reforzó el papel dirigente del PCR. Al mismo tiempo, Ceaucescu se consolidó en el poder, asumiendo la Presidencia del Consejo de Estado en 1967 y la jefatura unipersonal de la República en 1974. Su régimen, dictatorial y represor en el interior, gozó durante bastante tiempo del respaldo popular y de considerable prestigio en el exterior debido a sus gestos de independencia frente a la URSS. La pretensión soviética de especializar las economías del CAME, que obligaría al país a renunciar a la industrialización en favor de la producción agraria, marcó el comienzo del enfrentamiento, acentuado cuando, en 1963, las autoridades rumanas se negaron a condenar el *desviacionismo* chino y albanés. En 1968, Rumania no apoyó con sus tropas la invasión de Checoslovaquia, pero, pese a su política exterior independiente, se mantuvo dentro del CAME y del Pacto de Varsovia.

Bulgaria, por el contrario, permaneció fuertemente vinculada a la URSS. Con una base de partida más modesta que la rumana, el afán de transformar la economía agrícola en industrial llevó a la creación de enormes *complejos agro-industriales,* donde se concentró a gran parte de la población rural. Ello posibilitó un crecimiento sostenido de la industria —en torno a un 13 por 100 anual— pero a costa de mantener un bajo nivel agrario y de fomentar unos problemas estructurales que luego surgirían de modo dramático. En 1971 se promulgó una Constitución que estableció la República Socialista y reforzó los poderes de la dirección del partido, cuyo secretario general, Jivkov, asumió la Jefatura del Estado.

El caso griego

Albania constituye un caso distinto. Muy pobre y cerrada en sí misma, la oposición de sus dirigentes al titismo y luego a la desestalinización les llevó a aislarse del mundo socialista



Ceremonia en honor del Ejército Rojo en Sofia, ante el monumento a las tropas libertadoras

europeo y a fortalecer sus vínculos con el comunismo chino. El régimen de Tirana, sumamente doctrinario, planificó el desarrollo económico para hacer al país autosuficiente, lo que implicaba un bajo crecimiento y un férreo control ideológico de la sociedad. Hoxha y sus colaboradores convirtieron a Albania en una isla de estalinismo ortodoxo, desconfiada de todo lo que la rodeaba, con una sociedad igualitaria y permanentemente movilizada para defender su revolución.

Grecia fue el único país balcánico en el que no triunfó el comunismo en la posguerra. Pero, en gran medida, ello significó la perpetuación de los vicios del pasado. La democracia parlamentaria siguió siendo débil, con un sistema de partidos muy fragmentado —hasta 97 actuaron entre 1945 y 1965— que forzaba a coa-

liciones muy inestables, una fuerte resistencia de las oligarquías a una auténtica democratización y una permanente intervención de los militares en la vida política.

Tras el final de la guerra civil, el país se encontró en una grave situación económica, con miles de personas desplazadas por el conflicto y una altísima inflación. Las elecciones de marzo de 1950 confirmaron los deseos de la población de romper con el modelo político tradicional y, frente a los populistas conservadores de Tsaldaris y los liberales de Sófocles Venizelos, apareció la Unión Nacional Progresista del Centro, dirigida por el general Plastiras y Emmanuel Tsouderos. Al no obtener ninguno de los tres la mayoría, se formaron inestables y efímeras coaliciones hasta la disolución anticipada del Parlamento en el verano de 1951. Las elecciones de septiembre, lejos de aclarar el panorama lo complicaron con la aparición de la derechista Unión Helénica del general Papagos. Liberales y centristas gobernaron en precario durante un breve período, en el que se aprobó una nueva Constitución, mejoraron las relaciones con turcos y yugoslavos y se completó la integracion del país en la Alianza Atlántica.

Pero la situación política seguía atascada. Una nueva legislación electoral posibilitó la mayoría absoluta de la Unión Helénica en octubre de 1952. Papagos presidió un Gobierno que trató de poner orden en la caótica situación financiera —devaluación del dracma, primer presupuesto desde la guerra— y mantuvo una férrea política de orden público. A la muerte de Papagos, su partido se transformó en la Unión Nacional Radical y continuó en el poder bajo la dirección de Konstantinos Karamanlis. Este se esforzó en evitar una ruptura con Gran Bretaña y Turquía, aunque mantuvo el apoyo a los greco-chipriotas del coronel Grivas, partidarios de la unión de la isla a Grecia. Tras largas negociaciones, Atenas llegó a un acuerdo con Londres y Ankara, y en agosto de 1960 se proclamó la República de Chipre, bajo la presidencia del arzobispo Makarios.

A partir de 1959, los conservadores pudieron centrar su situación en la reconstrucción interior. Se estableció un plan de desarrollo y se potenció la industria naval y el comercio, pero Grecia siguió estando lejos de ser un país industrializado. En 1962, la Unión Radical obtuvo un nuevo triunfo electoral, que provocó un enérgico rechazo de las restantes fuerzas políticas, que llevaban una década en la oposición. Sometido a una fuerte presión, Karamanlis dimitió en junio de 1963 y en febrero del año siguiente llegó al poder la Unión de Centro, de G. Papandreu.

Entre 1964 y 1967, Grecia conoció una etapa de libertad política, desarrollo económico y progreso social sin precedentes, pero también el fortalecimiento de corrientes extremistas, que hicieron cada vez más difícil el desenvolvimiento de la vida política. En julio de 1965 la asociación de oficiales neutralistas *Aspida,* apoyada por el ala derecha de los radicales, forzó la dimisión de Papandreu, en una maniobra en la que se implicó al rey Constantino II, que había sucedido poco antes a su padre Pablo I (1949-64). En los dos años siguientes, la política griega retornó a la inestabilidad, sin que centristas y conservadores fueran capaces de pactar una coalición. Finalmente, el 20 de abril de 1967, un grupo de mandos del Ejército, dirigidos por el general Patakos, dio un golpe de Estado y estableció la dictadura.

El *régimen de los coroneles* fue una de las dictaduras más sanguinarias de la Europa contemporánea. Con el apoyo explícito de Washington, el Gobierno de G. Papadopoulos estableció una política de terror contra la oposición y cuando el rey Constantino intentó un contragolpe, en diciembre de 1967, fue obligado a exiliarse. La dictadura griega, aislada por las democracias europeas, conoció crecientes dificultades. En noviembre de 1973, Papadopoulos fue cesado por sus propios compañeros y sustituido por D. Ioannides. El apoyo a un golpe de Estado en Chipre, que provocó la invasión de la isla por Turquía, fue el final para el régimen. Vuelto del exilio, Karamanlis y su partido Nueva Democracia ganaron las primeras elecciones, tras las que un referéndum estableció la República en diciembre de 1974.

Una etapa sin cerrar

Los años ochenta trajeron una profunda crisis a los países socialistas balcánicos. En cierta forma, recibían ahora los efectos de la recesión de las economías capitalistas durante la década anterior. También conocían el fracaso en la captación de mercados tercermundistas, donde no podían competir con las multinacionales occidentales. Pero no sólo la coyuntura internacional iba a ser decisiva en el proceso de desmoronamiento de las dictaduras balcánicas. Los regímenes comunistas habían logrado considerables éxitos en la indus-

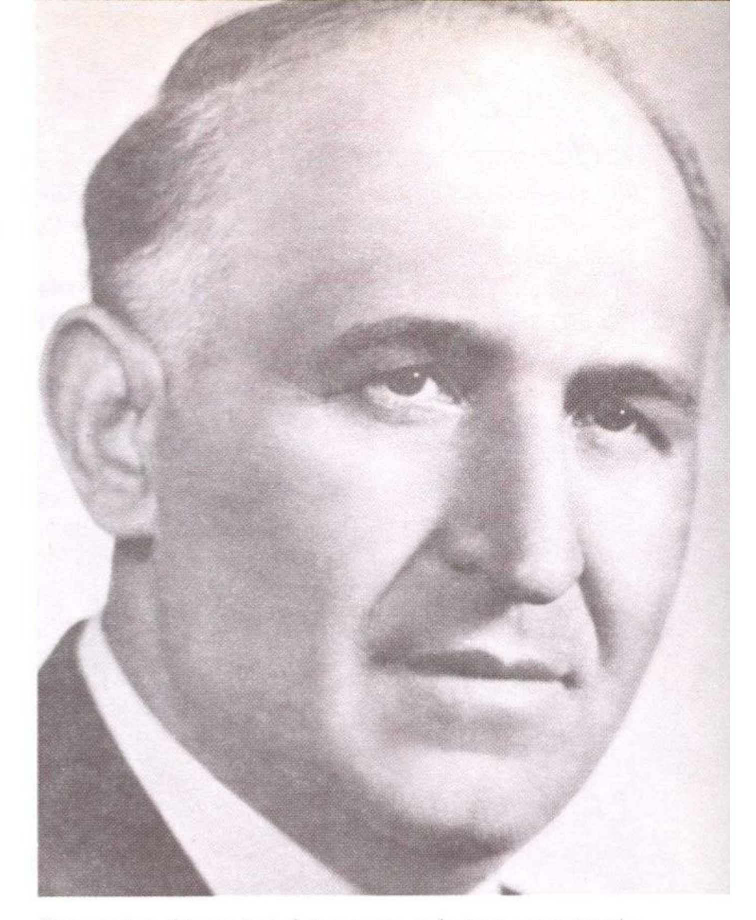
trialización y habían elevado el nivel cultural y ciertos aspectos de la calidad de vida de sus pueblos. Sin embargo, ello se había hecho a costa de un creciente estancamiento de la agricultura, de una represión totalitaria de las más elementales libertades individuales, y del enriquecimiento de un sector privilegiado de dirigentes políticos y sindicales, que habían extendido la corrupción en los aparatos estatales y las grandes empresas.

Las primeras señales de un cambio en la situación se dieron en Yugoslavia. La estrecha relación de la economía yugoslava con Occidente la hizo sufrir los efectos de la crisis de 1973, que se tradujeron en una retracción del comercio y en un aumento de las desigualdades entre las zonas más ricas —Eslovenia, Croacia— y las más pobres —Macedonia, Kosovo—. El nacionalismo particularista comenzó a adquirir fuerza, sin que la reforma constitucional de 1971, que limitaba aún más los poderes del Gobierno federal, detuviera el proceso. A partir de 1974 se produjo un cambio de orientación y se modificó la Constitución en sentido centralista, mientras se endurecía la represión de las disidencias.

A la muerte del mariscal Tito en 1980 le sucedió una dirección colectiva, que tuvo que enfrentarse a la violencia generada por las reivindicaciones de la minoría albanesa de Kosovo y a crecientes dificultades económicas. En la segunda mitad de la década, se adoptaron medidas radicales, reformando el sistema de autogestión, liberalizando paulatinamente la economía y tolerando las actividades de una oposición no comunista, que en 1989-90 comenzó a obtener sonados triunfos electorales en algunas repúblicas. Pieza fundamental del equilibrio europeo, Yugoslavia se enfrenta hoy a un futuro difícil, ante el rebrote de las nacionalidades disolventes y la pérdida de apoyo social del comunismo.

La llegada al poder en la URSS de Mijail Gorbachov, en 1985, y la aplicación de su programa de reformas —*Perestroika*— abría una etapa de cambios en la Europa oriental. No se trataba de una imposición soviética, aunque el ejemplo de la URSS fue decisivo, sino de una auténtica quiebra del orden económico, político y social. El proceso, iniciado en Polonia y Hungría, a comienzos de la década, desembocó en las revoluciones de 1989, que pusieron en cuestión la hegemonía comunista en toda la región y dieron paso a regímenes de democracia pluralista.

En los Balcanes, el cambio fue tardío y siguió ritmos muy distintos. En Bulgaria, Jivkov



Dos de los líderes balcánicos que más han perpetuado su poder. Arriba, *Teodor Jivkov;* abajo, *Nicolae Ceausescu, secretarios generales, respectivamente, de los partidos comunistas de Bulgaria y de Rumania. El primero ha sido defenestrado políticamente; el segundo, ejecutado*



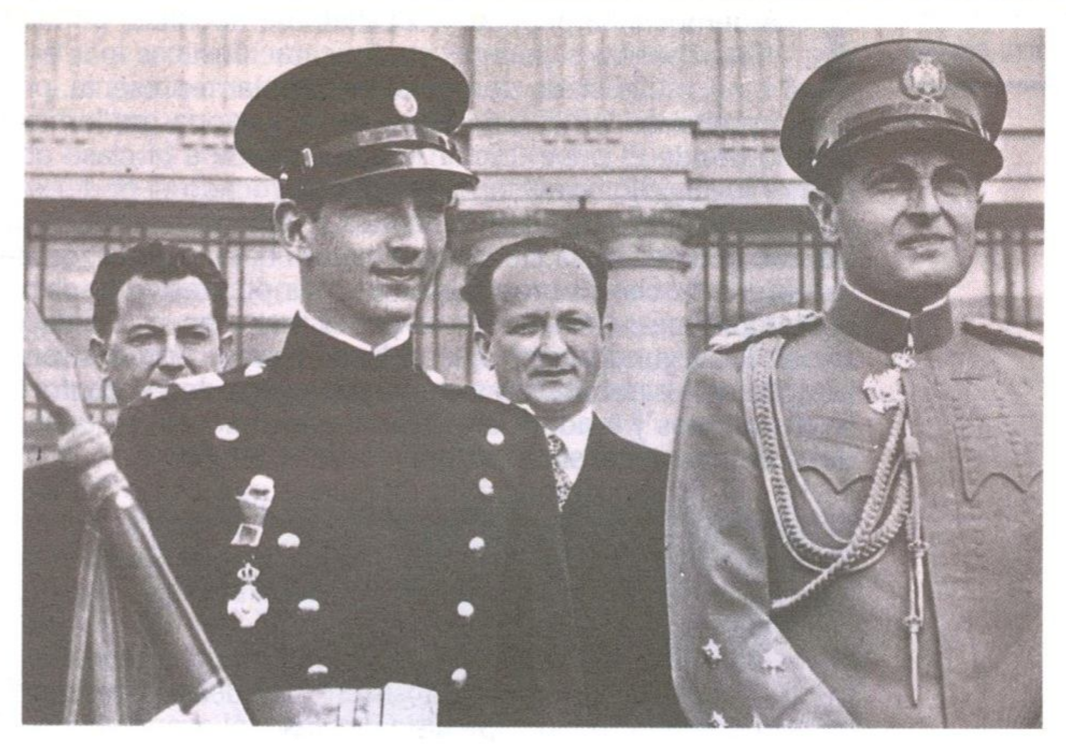
fue cesado por sus colaboradores en noviembre de 1989, y se puso en marcha sin grandes dificultades un proceso de democratización marcado por la angustiosa crisis económica, la debilidad de la oposición y la voluntad de los comunistas de permanecer, con un nuevo talante, como fuerza política fundamental. En Rumania, un auténtico levantamiento popular derribó en diciembre la dictadura de Ceaucescu, quien en los últimos años había sumido el país en una espantosa miseria, fruto de sus planes megalómanos y de su obsesión por pagar la deuda exterior. Un Frente de Salvación Nacional, dirigido por los comunistas, convocó elecciones, pero el proceso hacia la normalización democrática aparecía lleno de interrogantes en un país convulsionado como ningún otro en Europa. En cuanto a Albania, tras la ruptura con los *revisionistas* de la China postmaoísta y la muerte de Hoxha, ha permanecido hermética ante cualquier cambio, bajo la dirección de Mehemed Shehu —fallecido en extrañas circunstancias— y de Ramiz Alia, no obstante cierta apertura diplomática y comercial.

En Grecia, finalmente, la democracia parece consolidada. Tras el ingreso en la Comunidad Económica Europea (1979), se han reforzado las tendencias modernizadoras y aunque es uno de los países con menor renta de la CEE, su potencia económica y estabilidad social es muy superior a la del resto de los Estados balcánicos. La nociva tendencia al personalismo y a la fragmentación en el sistema de partidos ha dado paso a formaciones estables de masas. Tras seis años de gobierno de los conservadores de Nueva Democracia, el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok) de A. Papandreu, ganó las elecciones de 1981 y dio un giro político, distanciándose de los Estados Unidos, secularizando los bienes eclesiásticos y desarrollando una legislación social progresista. No obstante las dificultades económicas planteadas por la adecuación de Grecia a la CEE y varios escándalos políticos, propiciaron su derrota en las elecciones de 1989, y el poder volvió a Nueva Democracia tras unos segundos comicios, en abril de 1990.

Los Balcanes están, una vez más, en transición. Su futuro es una página en blanco, que el tiempo se encargará de llenar. Pero es fundamental para los pueblos de Europa que los cambios iniciados en Yugoslavia, Rumania y Bulgaria conduzcan a una democratización real, que facilite su recuperación económica y el encauzamiento de las tensiones nacionalistas a fin de que, en un plazo más o menos breve, estas naciones estén en condiciones de incorporarse al proceso de unidad continental.

Bibliografía

Banac, (ed.) *The Rise of Communist Parties in East Central Europe, 1918-1921.* N. Y. Brooklyn College Press, 1983. Banac, I. *The National Question in Yugoslavia,* Cornell Univ. Press, 1984. Bell, J. D. *The Bulgarian Communist Party from Blagoev to Zhivkov.* Hoover Institution Press, 1986. Berend, I. T. *The Crisis Zone of Europe. An interpretation of East-Central European History in the First Half of the Twentieth Century.* Cambridge Univ. Press, 1986. Díaz del Moral, J. *Las reformas agrarias europeas de la posguerra, 1918-1929.* Madrid, Rev. de Derecho Privado, 1967. Estrin, S. *Self-Management-Economic Theory and Yugoslav Practice.* Cambridge Univ. Press, 1984. Fejtö, F. *Histoire des démocraties populaires.* Paris, Seuil, 1969. Forester, E. y Dakin, D. (dir). *A Short History of Modern Greece, 1921-1956.* London, Greenwod, 1977. Hammond, T. y R. Farrell (eds.). *The Anatomy of Communist Takeovers.* Yale Univ. Press, 1975. La Marca, N. *Italia e Balkani fra la due guerre.* Roma, Bulzoni, 1979. Macartney, C. A. y Palmer, A. W. *Independent Eastern Europe.* London, Mac Millan, 1961. McCauley, M. (ed.). *Communist Power in Europe, 1944-1949.* N. Y. Barnes & Nobel, 1977. Mavrogordatos, G. Th. *Stillborn Republic Social Coalitions and Party Strategies in Greece, 1922-1936.* Univ. California Press, 1983. Meynaud, J. *La democracia en Grecia.* Madrid, Edic. Cid, 1967. Narkiewicz, O. *Eastern Europe, 1968-1984.* London Croom Helm, 1985. Pano, N. *The People's Republic of Albania.* John Hopkins Univ. Press, 1968. Rothschild, J. *East Central Europe between the Two World Wars.* Univ. of Washington Press, 1974. Seton-Watson, Hugh *Eastern Europe between the Wars.* London, MacHinen, 1971. Sugar, P. (ed.). *Native Fascism in the Successor States, 1918-45.* ABC-Clio Press, Oxford, 1971. Szawlowski, R. *The system of Communist Countries.* London. A. W. Sijthoff, 1976. Vaccarino, G. *La Grecia tra Resistenza e Guerra Civile, 1940-1949.* Milano, Franco Angeli, 1988. Veiga, F. *La mística del ultranacionalismo. (Historia de la Guardia de Hierro). Rumania, 1919-1941.* Univers. Autónoma de Barcelona, 1989.



Pedro II de Yugoslavia con el regente, príncipe Pablo

Los Balcanes contemporáneos (y 2)

Textos

CUADERNOS
historia 16

La democracia popular

LA democracia popular y el Estado democrático popular se definen por las siguientes cuatro características más esenciales:

a) El Estado democrático popular representa, por sí mismo el poder de los trabajadores, de la mayoría predominante del pueblo donde el papel rector le corresponde a la clase obrera. En primer lugar, ello significa que se ha derrocado el poder de los capitalistas y los grandes terratenientes y se ha instaurado el poder de los trabajadores de la ciudad y el campo bajo la dirección de la clase obrera; la clase obrera como la más progresiva de la sociedad contemporánea, desempeña el papel rector en el Estado y la vida social. En segundo lugar, que el Estado sirve como instrumento en la lucha de los trabajadores contra los explotadores, contra toda clase de intentos y tendencias encaminados hacia el restablecimiento del sistema capitalista y el dominio de la burguesía.

b) El Estado democrático popular surge como Estado del período de transición llamado a garantizar el desarrollo del país por la vía del socialismo. Ello significa, que pese a que el poder de los capitalistas y los grandes terratenientes esté derrocado y los bienes de estas clases se hayan convertido en propiedad dei pueblo, las raíces económicas del capitalismo todavía no están liquidadas, los elementos capitalistas todavía subsisten y se desarrollan tendiendo a restablecer el dominio capitalista. Por eso, el avance hacia el socialismo sólo es posible a condición de que se lleve una intransigente lucha de clases contra los elementos capitalistas hasta alcanzar su liquidación definitiva.

Sólo marchando invariablemente hacia adelante por la vía que conduce al socialismo, el Estado democrático popular será capaz de fortalecerse y cumplir su misión histórica. Si la democracia popular dejara de luchar contra las clases explotadoras, dejara de sofocar e ir expulsando a los elementos capitalistas, entonces éstos tomarían inevitablemente ventaja y no sólo socavarían los cimientos de la democracia popular, sino que la conducirían incluso al desastre.

c) El Estado democrático popular se edifica con la colaboración y amistad de la Unión Soviética, el país del socialismo. Del mismo modo que nuestra patria se liberó de las cadenas del imperialismo y se estableció el Estado democrático popular gracias a la ayuda y la misión libertadora de la Unión Soviética en la lucha contra la Alemania fascista y sus aliados, también el ulterior desarrollo de nuestra democracia popular presupone el mantenimiento y fortalecimiento de estrechas relaciones y de lazos de sincera colaboración, ayuda mutua y amistad entre Bulgaria y el gran país de los Soviets. Cada actitud tendente a debilitar la colaboración con la Unión Soviética está dirigida contra la propia base de existencia de la democracia popular en nuestra patria.

d) El Estado democrático popular pertenece al campo democrático, antiimperialista.

Sólo participando en el único campo democrático antiimperialista al frente del cual está el poderoso Estado soviético cada país democrático popular es capaz de mantener su independencia, soberanía y seguridad frente a la agresión de las fuerzas imperialistas. *(G. DIMITROV, Informe ante el V Congreso de Partido Obrero Búlgaro, 19-12-1948. En «Obras Escogidas», Sofia, 1981, vol. 3, pp. 249-50.)*

Agrarismo balcánico

LA Unión Agraria está por la propiedad pequeña y media de la tierra. Ante todo ella es la organización de estos propietarios, que en Bulgaria constituyen la inmensa mayoría. Como audaz partidario del principio sobre la distribución más pareja y justa

de los bienes materiales, no puede estar contra la propiedad pequeña y media de la tierra, que responde plenamente al postulado ya señalado. Por el contrario, su tarea suprema en el dominio de la vida económica es precisamente la estabilización de la situación de este tipo de haciendas agrícolas, alcanzando las condiciones para su propio desarrollo y florecimiento. Debe reconocerse, que este género de propiedad de la tierra es el apoyo principal del régimen individualista en la estructura social, siendo el más apropiado para el fortalecimiento del régimen político democrático. La historia de este régimen habla elocuentemente, que el democratismo se ha desarrollado y fortalecido en aquellas regiones de Francia, Italia, España, América, etc., donde la propiedad de la tierra es pequeña y media. Dicha propiedad crea la situación ideal para que el trabajador participe en la propiedad y el propietario en el trabajo. Fuera de ello el desarrollo en la agricultura desmiente de manera categórica la fá-



Tito recibe a Kruschev en Belgrado, 1955

bula acerca de que la propiedad pequeña y media de la tierra no es viable. Precisamente sobre esta cuestión la teoría de los socialistas fue abatida de la manera más evidente. Una serie de teóricos socialistas, como Eduardo David, Bernstein, Hertz, incluso Kautzki en su libro «La Revolución Social», reconocen la viabilidad de la pequeña propiedad agrícola. En lo que respecta a la ciencia agrícola, ésta hace tiempo ha reconocido, que el progreso de la agricultura consiste en la implantación de aquellos cultivos agrícolas que requieren un intensivo trabajo manual, que es abundante y de especial productividad sólo en la economía rural. El maquinismo, que realizó un cambio tan grande en la industria, no puede encontrar aquella amplia y racional aplicación en la agricultura. Más aun, resultó que su forma más compleja, la trilladora, fue incluida en la agricultura búlgara por los propietarios medios y pequeños unidos, donde el riesgo de su implantación se ve disminuido por la participación más amplia de las haciendas agrícolas. Ya no se encontrará a nadie que afirme que la técnica desarrollada es inaccesible a las haciendas agrícolas búlgaras, en el momento que ésta trae ventajas económicas. También el arado, la grada, aventadora, cosechadora y trilladora se abrieron camino en las haciendas agrícolas medias y pequeñas y son aprovechadas ampliamente. Los campesinos, organizados en asociaciones especialmente adaptadas para este fin, como las cooperativas o comunidades, hicieron accesible y aplicable en sus pequeñas haciendas el maquinismo más complejo. La viabilidad de estas haciendas es evidente tanto para teóricos, como para prácticos. Y esto sucede en el momento en que la economía rural búlgara se desarrolla en desfavorables condiciones políticas, comerciales y económicas, por culpa del poder político ajeno a ella. Y ¿qué sería, si este poder a través del poderío de la Unión Agraria estuviera bajo el patrocinio de sus poseedores? —Cada uno se lo puede imaginar. *(A. STAMBOLIISKI, «Los principios de la Unión Agraria», en Obras Escogidas, págs. 49-51.)*

Enfrentamiento entre el ejército y los obreros y campesinos búlgaros, septiembre de 1923



ESA especie de hombres, que viven hoy en la política rumana, la he encontrado ya en la historia; bajo su dominio han muerto las naciones y se han destruido los Estados.

El mayor mal que nos han hecho los hebreos y los políticos, el mayor peligro nacional a que nos han expuesto, no consiste ni en el acaparamiento de las riquezas del suelo y del subsuelo rumano, ni en la trágica destrucción de la clase media rumana, ni siquiera en el gran número de ellos que se encuentran en las escuelas, en las profesiones liberales, etc., o en la influencia que ejercen sobre nuestra vida política, si bien cada uno de éstos es un peligro mortal para la raza.

El mayor peligro nacional está en haber deformado, en haber desfigurado nuestra estructura de raza dando vida a otro tipo de hombre, aborto moral: el politicastro, que no tiene nada de la nobleza de nuestra raza, que nos deshonra y que nos mata.

Si este tipo continúa guiando nuestro país, la raza rumana cerrará los ojos para siempre y Rumania se hundirá, a pesar de todos los deslumbrantes programas con los que la astucia de los degenerados intentará seguir atontando a las multitudes miserables. Entre todos los males que nos ha producido la invasión hebrea, éste es el más espantoso.

Todos los pueblos con los cuales hemos estado en contacto y hemos combatido los rumanos, desde la invasión de los bárbaros hasta hoy, nos han atacado por el lado material, físico y político; pero han dejado intacta la naturaleza moral, de la cual, antes o después, ha surgido nuestra victoria, la liberación del yugo extranjero, aunque se hubiesen establecido en gran número sobre nuestra tierra, nos hubieran tomado nuestras riquezas y nos hubieran dominado incluso políticamente.

Es ésta la primera vez en nuestra historia, y por eso nos sentimos desarmados y nos damos por vencidos, que los rumanos encuentran una raza que no les ataca con el poder, sino con las armas propias de la raza judía, que hiere y paraliza ante todo el instinto moral de la raza difundiendo de una manera sistemática todas las enfermedades morales y destruyendo así cualquier posibilidad de reacción.

Por esto la piedra angular de la que parte la Legión es, no el programa político, sino el hombre: la reforma del hombre, no la reforma de los programas políticos. «La Legión del Arcángel San Miguel» será, por consiguiente, *más una escuela y un ejército que un partido político.*

El pueblo rumano en estos días no tiene necesidad de un gran hombre político, como erróneamente se cree, sino de un gran educador, de un condotiero que venza las fuerzas del mal y aplaste las gusaneras de mercaderes. Pero para conseguir esto deberá ante todo vencer al mismo mal que se encuentra en él y en todos los suyos.

De esta escuela legionaria saldrá un *hombre nuevo*, un hombre con las cualidades de héroe, un gigante de nuestra historia, que sepa combatir y vencer a todos los enemigos de la Patria. Y su lucha y su victoria deberán extenderse aún más allá, sobre los enemigos invisibles, sobre las fuerzas del mal.

Todo lo que nuestra mente puede imaginar como más bello, espiritualmente hablando; todo lo que nuestra raza puede producir más orgulloso, más alto, más justo, más fuerte, más sabio, más puro, más laborioso y más heroico, es lo que debe producir la escuela legionaria. Un hombre en el cual se encuentren desarrolladas al máxi-

mo todas las posibilidades de grandeza humana que se encuentran sembradas por Dios en la sangre de nuestra raza.

Este héroe salido de la escuela legionaria *sabrá* resolver el problema hebreo, *sabrá* dar una buena organización al Estado, *sabrá* convencer a los demás rumanos y de cualquier manera *sabrá vencer*, ya que para esto es un héroe.

Este héroe, este legionario del heroísmo, del trabajo, de la justicia, con la fuerza que Dios ha dado a su alma, guiará a nuestra raza por el camino de la gloria. *(C. CODREANU, «Guardia de Hierro», Barcelona, 1975, pp. 259-261.)*

Testimonio en guerra fría

LA libertad de movimientos de los diplomáticos occidentales es prácticamente nula, pudiendo hallarse sin autorización especial sólo en un espacio de quinientos metros de perímetro alrededor de sus residencias. Muchas partes del país, sobre todo la «zona militar meridional» alrededor de Valona, no pueden ser visitadas ni siquiera por los diplomáticos del bloque oriental acreditados en Tirana, y todos deben procurarse del extranjero las cosas que hacen agradable la vida, pues los establecimientos de la Rrgra Dibra, que antes era la «Rue de la Paix» de Tirana, están cerrados o vacíos. Periódicamente van también los automóviles de las legaciones a Yugoslavia a comprar alimentos, pues todavía hoy reina en Albania una gran escasez no sólo de artículos de lujo, sino también de productos de necesidad diaria, escasez que si bien no se advierte apenas en el nuevo Palast-Hotel de Tirana (ni tampoco en los dos nuevos hoteles de Durazzo y Pogradec a orillas del lago de Okhrida), sí se advierte en todas las demás partes, y especialmente cuando sopla el gélido *bora* a través de las calles de la ciudad y (a pesar del gran yacimiento de hulla de Albania) sólo los más privilegiados entre los privilegiados poseen carbón para calentarse. Estos poseen, naturalmente, como los cuarenta y ocho mil miembros del partido comunista de Albania, como los empleados del gobierno y algunos obreros especializados, la cartilla «categoría uno» que les autoriza para comprar en tiendas especiales; se les proporciona incluso quinina para combatir los ataques de malaria, tan frecuentes como antes, mientras que el resto de los mortales sólo pueden adquirir la mayor parte de las medicinas en el mercado negro, en el que todo ha de pagarse con monedas de oro turcas, con libras esterlinas o con táleros de María Teresa. Hasta las aspirinas están racionadas. Los privilegiados tienen incluso personal de servicio, que si bien es verdad que aquí no existe oficialmente (a diferencia de lo que ocurre en la Unión Soviética), los influyentes se lo proporcionan «adoptando» (como en tiempo de los turcos) a muchachas que hacen todo el trabajo de la casa. Sin embargo, incluso secretarios de Estado han de aguardar seis meses cosas tales como al hacerse remendar unos zapatos; la mayoría no ganan (oficialmente) más de trescientos marcos al mes. Incluso los altos funcionarios se contentan con poseer «receptores populares» alemanes desmontados y vueltos a montar, que tienen la ventaja de que no puede oírse la «Voz de América» o a lo sumo la versión griega desde Salónica. La abundancia sólo reina en Rakki, en cuanto a aguardiente de ciruelas y anís. *(A. ZISCHKA, «También esto es Europa», Barcelona, 1961. págs. 112-113.)*

Manifiesto golpista

PUEBLO griego:

Desde hace largo tiempo somos testigos de un crimen cometido en detrimento del conjunto de la sociedad y de nuestra nación.

Las transacciones miserables y sin escrúpulos entre los partidos, la depravación de una gran parte de la prensa, el ataque sistemático encaminado a sabotear todas las instituciones, la ridiculización del Parlamento, la difamación general, la parálisis del aparato estatal, la ausencia total de comprensión para los problemas candentes de nuestra juventud, los malos tratos infligidos a nuestros estudiantes, la regresión moral, la confusión general, la colaboración secreta o manifiesta con los elementos subversivos y, en fin, los discursos incendiarios y continuos de los demagogos sin fe ni ley, han destruido la tranquilidad del país, creando un clima de anarquía y caos, alimentando el odio y los desacuerdos hasta conducirnos al borde de un desastre nacional. No quedaba más remedio que la intervención de nuestro ejército para resolver todas estas plagas.

Esta intervención constituye evidentemente una derogación de la Constitución, pero dicha derogación se imponía para salvar a la Patria.

Salus Rei publicae Patriae suprema lex esto.

Las elecciones que estaban convocadas no podían ofrecer solución alguna a este callejón sin salida al que habíamos llegado. En primer lugar, porque era imposible que se desarrollasen normalmente en las circunstancias actuales, y, en segundo lugar, porque, cualquiera que fuese el resultado, nos hubieran conducido fatalmente a la efusión de sangre y al caos.

Por estas razones, el ejército, a un paso del abismo, ha tenido que intervenir para interrumpir esa marcha desenfrenada hacia la catástrofe.



Enver Hoxha y Chu En-lai en Tirana, 1965

La calma y el orden absolutos reinan en todo el país.

El presidente y los miembros del gobierno se han movilizado para cumplir sus deberes para con la Patria.

¿Quiénes somos? No pertenecemos a ningún partido político y no estamos dispuestos a favorecer a ningún grupo político en detrimento de los demás. Pertenecemos a la clase trabajadora y permaneceremos junto a nuestros hermanos griegos menos afortunados.

Unicamente nos guían móviles patrióticos y aspiramos a abolir la depravación, a sanear la vida pública, a limpiar el país de la gangrena que le amenazaba, a evitar las disensiones y matanzas a las que nos impulsaban los malos griegos y a crear bases sanas para que el país vuelva pronto a una vida parlamentaria normal. Proclamamos la fraternización. A partir de este momento ya no existen partidarios de la derecha, del centro o de la izquierda. Hay solamente griegos que creen en Grecia, y en el ideal noble, grande y completo de la democracia verdadera y no en la de la calle y de la anarquía. Cuando los griegos se unen hacen milagros.

Evidentemente hay un número ínfimo de Efialtes, demagogos, oportunistas sin escrúpulos y anarquistas profesionales. Han intentado dividirnos en izquierda, centro, centro-izquierda y extremaderecha.

Han intentado, y por todos los medios, implantar el odio hacia los demás en nuestros espíritus. Han querido fanatizarnos y empujarnos a un conflicto fratricida. Vamos a aislar a estos incendiarios y, así, los demás griegos seguiremos juntos por el camino del deber para con la Patria y la Virtud y hacia la transformación radical, hacia la prosperidad y el progreso. Nuestro principal objetivo es la justicia social, el reparto equitativo de la renta, el restablecimiento moral y material de toda la sociedad y particularmente de los campesinos, obreros y clases más necesitadas.

El gobierno se volcará igualmente en favor de la juventud y sus problemas con afecto y sin reservas.

Después de la instauración lo más rápidamente posible de un ritmo normal y la creación de condiciones apropiadas, el país volverá al parlamentarismo sobre una base sana.

Entonces el gobierno habrá cumplido su misión.

Para evitar la división del país y la guerra civil a punto de estallar, que conduciría a la efusión de sangre y a un desastre social y nacional, el gobierno ha proclamado la ley marcial en todo el país.

El gobierno declara formalmente que está resuelto a llevar a cabo por todos los medios y a un ritmo acelerado la dura tarea que ha asumido. Está resuelto a cumplir íntegramente sus obligaciones para con el pueblo griego. Pide el apoyo de toda la población para la consecución de sus fines. Pide una obediencia total al Estado, como sucede en todos los países civilizados. Pues no existe verdadera libertad donde no reina la ley, donde la libertad de uno empieza donde acaba la del otro.

El gobierno se considera obligado a advertir formalmente que toda reacción contraria a su obra de transformación nacional, cualquiera que sea el lugar de donde proceda, será aplastada inmediatamente con todos los medios a su disposición.

¡Viva la nación!

¡Viva el rey!

¡Viva la Grecia eterna! *(Alocución del primer ministro, KONSTANTINOS KILIAS, tras el golpe de Estado de 21-4-1967.)*